

Siendo los individuos y la sociedad enteramente productos del medio, las determinaciones se evidencian innegables, incluso condicionando a la voluntad. Pero ésta, aunque relativa, también es un determinante si se le otorga ese valor. Y ese es el papel de la ideología anarquista: la adquisición de una conciencia ante el medio y la voluntad de modificarlo. Y lo modificable está por delante, hoy y por venir; que la libertad, al decir de Bakunin, está al final y no al principio de la historia.

Consideramos a este escrito, extractado de la obra "Nuestra especie", Alianza Editorial, del antropólogo estadounidense Marvin Harris (1927-2001), como un elemento de aporte a la cuestión del origen del Estado y, de allí, como contribución a su definición. La descripción, de los procesos que desarrollados dieron paso a su conformación, desmitifica la mentalidad que supone su existencia intrínseca a la de la especie humana, evidenciando su carácter histórico y las condiciones de sus orígenes; al mismo tiempo muestra tanto la falsedad de la concepción contractualista, es decir, la de la visión de una creación voluntaria del Estado por los individuos asociados y su existencia como condición sine que non de esa sociabilidad; como también constituye una crítica a la arraigada visión marxista de que la formación del Estado y otras instituciones de poder fueron precedidas necesariamente por primitivas acumulaciones de riquezas y apariciones de clases económicamente privilegiadas.

El autor toma como determinante para la sociedad humana a los condicionamientos ecológicos y ambientales y a la cultura como el mecanismo de nuestra especie a la hora de adaptarse a esos condicionamientos y, a su vez, como recreadora de nuevas y continuas determinaciones y condicionamientos. En relación al desarrollo de las instituciones que dieron paso al Estado; el autor busca desentrañar su origen, así como nosotros buscamos su extinción.

EDICIONES
¡LIBERTAD!

publicacion_libertad@yahoo.com.ar
www.geocities.com/grupo_libertad

ORIGEN DEL ESTADO

De los cabecillas a los imperios



Marvin Harris

La destrucción completa de recursos naturales, que ha desempeñado un papel primordial en la historia de la evolución cultural, corrobora esta forma inconsciente de conciencia. Los recolectores del período glaciario no perseguían de forma intencionada la extinción de los mamuts, bisontes gigantes, caballos y otras especies de caza mayor; los fores y los sambias no pretendían convertir la selva de Nueva Guinea en praderas, y los mayas no encenagaron sus canales de drenaje a propósito. La circunscripción es otro resultado decisivo no buscado. Los sumerios no tuvieron intención de atraparse a sí mismo en asentamientos estratificados cuando crearon su verde hábitat irrigado en medio de un desierto; y tampoco los fundadores de Teotihuacán tuvieron intención de quedar atrapados por la dependencia de su sistema de regadío alimentado de manantiales.

(...)

Origen del Estado: de los cabecillas a los imperios

¿Había vida antes de los jefes?

¿Puede existir la humanidad sin gobernantes ni gobernados? Los fundadores de la ciencia política creían que no. «Creo que existe una inclinación general en todo el género humano, un perpetuo y desazonador deseo de poder por el poder, que sólo cesa con la muerte», declaró Hobbes. Éste creía que, debido a este innato anhelo de poder, la vida anterior (o posterior) al Estado constituía una «guerra de todos contra todos», «solitaria, pobre, sórdida, bestial y breve». ¿Tenía razón Hobbes? ¿Anida en el hombre una insaciable sed de poder que, a falta de un jefe fuerte, conduce inevitablemente a una guerra de todos contra todos? A juzgar por los ejemplos de bandas y aldeas que sobreviven en nuestros días, durante la mayor parte de la prehistoria nuestra especie se manejó bastante bien sin jefe supremo, y menos aún ese todopoderoso y leviatánico Rey Dios Mortal de Inglaterra, que Hobbes creía necesario para el mantenimiento de la ley y el orden entre sus díscolos compatriotas.

Los Estados modernos organizados en gobiernos democráticos prescinden de leviatanes hereditarios, pero no han encontrado la manera de prescindir de las desigualdades de riqueza y poder respaldadas por un sistema penal de enorme complejidad. Con todo, la vida del hombre transcurrió durante treinta mil años sin necesidad de reyes ni reinas, primeros ministros, presidentes, parlamentos, congresos, gabinetes, gobernadores, alguaciles, jueces, fiscales, secretarios de juzgado, coches patrulla, furgones celulares, cárceles ni penitenciarías. ¿Cómo se las arreglaron nuestros antepasados sin todo esto?

Las poblaciones de tamaño reducido nos dan parte de la respuesta. Con 50 personas por banda o 150 por aldea, todo el mundo se conocía íntimamente, y así los lazos del intercambio recíproco vinculaban a la gente. La gente ofrecía porque esperaba recibir y recibía porque esperaba ofrecer. Dado que el azar intervenía de forma tan importante en la captura de animales, en la recolecta de alimentos silvestres y en el éxito de las rudimentarias formas de agricultura, los individuos que estaban de suerte un día, al día siguiente necesitaban pedir. Así, la mejor manera de asegurarse contra el inevitable día adverso consistía en ser generoso. El antropólogo Richard Gould lo expresa así: «Cuanto mayor sea el índice de riesgo, tanto más se comparte.» La reciprocidad es la banca de las sociedades pequeñas.

En el intercambio recíproco no se especifica cuánto o qué exactamente se espera recibir a cambio ni cuándo se espera conseguirlo, cosa que enturbiaría la calidad de la transacción, equiparándola al trueque o a la compra y venta. Esta distinción sigue subyaciendo en sociedades dominadas por otras formas de intercambio, incluso las capitalistas, pues entre parientes cercanos y amigos es habitual dar y tomar de forma desinteresada y sin ceremonia, en un espíritu de generosidad. Los jóvenes no pagan con dinero por sus comidas en casa ni por el uso del coche familiar, las mujeres no pasan factura a sus maridos por cocinar, y los amigos se intercambian regalos de cumpleaños y Navi-

dad. No obstante, hay en ello un lado sombrío, la expectativa de que nuestra generosidad sea reconocida con muestras de agradecimiento. Allí donde la reciprocidad prevalece realmente en la vida cotidiana, la etiqueta exige que la generosidad se dé por sentada. Como descubrió Roben Dentan en sus trabajos de campo entre los semais de Malasia central, nadie da jamás las gracias por la carne recibida de otro cazador. Después de arrastrar durante todo un día el cuerpo de un cerdo muerto por el calor de la jungla para llevarlo a la aldea, el cazador permite que su captura sea dividida en partes iguales que luego distribuye entre todo el grupo. Dentan explica que expresar agradecimiento por la ración recibida indica que se es el tipo de persona mezquina que calcula lo que da y lo que recibe. «En este contexto resulta ofensivo dar las gracias, pues se da a entender que se ha calculado el valor de lo recibido y, por añadidura, que no se esperaba del donante tanta generosidad.» Llamar la atención sobre la generosidad propia equivale a indicar que otros están en deuda contigo y que esperas resarcimiento. A los pueblos igualitarios les repugna sugerir siquiera que han sido tratados con generosidad.

Richard Lee nos cuenta cómo se percató de este aspecto de la reciprocidad a través de un incidente muy revelador. Para complacer a los !kung, decidió comprar un buey de gran tamaño y sacrificarlo como presente. Después de pasar varios días buscando por las aldeas rurales bantúes el buey más grande y hermoso de la región, adquirió uno que le parecía un espécimen perfecto. Pero sus amigos le llevaron aparte y le aseguraron que se había dejado engañar al comprar un animal sin valor alguno. «Por supuesto que vamos a comerlo», le dijeron, «pero no nos va a saciar, comeremos y regresaremos a nuestras casas con rugir de tripas». Pero cuando sacrificaron la res de Lee, resultó estar recubierta de una gruesa capa de grasa. Más tarde sus amigos le explicaron la razón por la cual habían manifestado menosprecio por su regalo, aun cuando sabían mejor que él lo que había bajo el pellejo del animal:

Sí, cuando un hombre joven sacrifica mucha carne llega a creerse un gran jefe o gran hombre, y se imagina al resto de nosotros como servidores o inferiores suyos. No podemos aceptar esto, rechazamos al que alardea, pues algún día su orgullo le llevará a matar a alguien. Por esto siempre decimos que su carne no vale nada. De esta manera atemperamos su corazón y hacemos de él un hombre pacífico.

Lee observó a grupos de hombres y mujeres regresar a casa todas las tardes con los animales y las frutas y plantas silvestres que habían cazado y recolectado. Lo compartían todo por un igual, incluso con los compañeros que se habían quedado en el campamento o habían pasado el día durmiendo o reparando sus armas y herramientas.

No sólo juntan las familias la producción del día, sino que todo el campamento, tanto residentes como visitantes, participan a partes iguales del total de comida disponible. La cena de todas las familias se compone de porciones de comida de cada una de las

cíficos a las estrategias de producción y reproducción de los pueblos. Así pues, la historia de la segunda Tierra demuestra la subyacente unidad de las divisiones físicas y culturales de nuestra especie y la aplicabilidad universal de los principios de selección cultural, y rebate las posiciones tan en boga hoy en día sobre el carácter único e incomparable de cada cultura. Dado que todas las culturas sirven al mismo conjunto de necesidades, apetitos e impulsos básicos, en todas partes los hombres suelen optar por alternativas similares cuando se encuentran en condiciones similares. Este planteamiento de las diferencias culturales me parece mucho más esperanzador que el radical relativismo de aquellos colegas que creen que en la búsqueda del conocimiento sobre la condición humana es imposible trascender las diferencias culturales. Sólo la perspectiva de la comprensión mutua, aparte de la cultura propia de cada uno, nos permite concebir esperanzas de una reconciliación mundial y de poner fin a la amenaza de destrucción mutua.

Permítaseme señalar en un tono menos optimista que los principales procesos de la evolución cultural no atestiguan la capacidad de nuestra especie para ejercer un control consciente e inteligente sobre el destino del hombre. Es éste un hecho paradójico, teniendo en cuenta que somos los únicos organismos con cerebros dotados de una «mente» que tiene conciencia de procesar información, tomar decisiones, planificar el comportamiento y del esfuerzo intencionado por alcanzar metas futuras. Así, siempre ha parecido evidente que el cambio cultural es un proceso que el hombre controla conscientemente al tomar decisiones cuando se enfrenta a objetivos alternativos. Pero mirando hacia atrás, viendo que las decisiones tomadas por nuestros predecesores y los cambios que tales decisiones provocaron, se aprecia que hubo una disyunción entre ambos y que todos los pasos importantes en la evolución cultural tuvieron lugar sin que nadie comprendiera conscientemente lo que estaba pasando.

Los hombres que participaron en las transformaciones que llevaron desde los recolectores hasta los faraones tomaron decisiones conscientes y eran tan inteligentes, despiertos y reflexivos como nuestras generaciones modernas. Decidieron prolongar o aplazar tal o cual actividad por un día o una temporada, cazar o no cazar determinada especie, levantar el campamento o permanecer en el mismo lugar, alimentar o abandonar a un niño en particular, escuchar a un cabecilla o hacer caso omiso de él, asaltar o no determinada aldea, trabajar para un redistribuidor en lugar de otro, a plantar más ñames ese año que el anterior. Pero nunca decidieron transformar bandas recolectoras con papeles sociosexuales igualitarios e intercambio recíproco en aldeas agrícolas sedentarias con jerarquías sociosexuales e intercambio redistributivo. Nadie decidió jamás convertir la residencia patrilocal en matrilocal, o las formas de redistribución igualitaria en formas de redistribución estratificada, o la guerra interna en externa. Cada una de las grandes transformaciones que tuvieron lugar en la historia y prehistoria fue consecuencia de decisiones conscientes, pero las decisiones conscientes no tuvieron por objeto grandes transformaciones.

¿Hubieran acabado los habitantes de la segunda Tierra por encontrar nuevos usos a la rueda e inventado engranajes, mecanismo de ruedas, poleas y máquinas complejas hasta alcanzar su propia revolución industrial? Una buena razón para responder en sentido afirmativo es que dieron varios pasos decisivos en el terreno de la metalurgia. Al igual que hicieron los hombres de la primera Tierra, habían empezado martillando en frío planchas de cobre, luego siguieron fundiendo y colando el cobre, el oro, la plata y varias aleaciones, incluido el bronce, que comenzaban a utilizar en la fabricación de hojas de cuchillo y cabezas de maza cuando llegaron los primeros españoles con sus armas y armaduras de acero. Un logro asombroso de los metalúrgicos de la segunda Tierra fue la invención independiente de la técnica de colada conocida como método de cera perdida. Para sacar el molde de un objeto confeccionaban primero un molde de cera. Luego lo cubrían con arena firmemente compactada y vertían el metal fundido sobre el molde a través de una pequeña abertura practicada en la parte superior. El metal fundido volatilizaba la cera al instante y rellenaba el espacio resultante con una copia idéntica del modelo de cera. Un pueblo capaz de tales avances metalúrgicos hubiera podido llegar mucho más lejos, tal vez con menor rapidez que la primera Tierra, pero básicamente en la misma dirección. También la invención de la escritura y de la numerología, así como sus logros en astronomía y matemáticas, hablan a favor de el tesis de que la ciencia y la tecnología de ambos mundos hubieran acabado convergiendo. Los calendarios mexicanos precolombinos eran más exactos que los egipcios, y los mayas habían logrado un avance decisivo vedado incluso a los griegos y romanos: un glifo que designaba la cantidad cero para marcar la ausencia de un número de base o sus exponentes. Pero nada de todo esto cambia el hecho de que los hombres de la primera Tierra habían tomado la delantera. Fueron ellos los dueños de buques de navegación transoceánica, pólvora, mosquetes, espadas de acero y el equivalente cuadrúpedo del tanque acorazado. Los ejércitos incas y aztecas luchaban valerosamente, pero sin ningún atisbo de esperanza. Sin que ellos lo supieran, su suerte había sido echada mucho tiempo atrás, al apartarse de la caza los hombres de la primera Tierra para domesticar ovejas y cabras y establecerse en aldeas agrarias, mientras que los hombres de la segunda Tierra, despojados de animales domesticables, siguieron cazando durante 5.000 años más.

Malestar cultural y conciencia

La historia de la segunda Tierra demuestra que la evolución cultural no ha conducido a un caótico revoltijo de acontecimientos contradictorios y únicos sino a procesos de continuidad y cambio repetidos a intervalos regulares. Más que producir un sinfín de variedades culturales divergentes, la evolución cultural ha dado tendencias impresionantemente paralelas y convergentes. E incluso al producir diversidad, lo hizo de manera ordenada, como reacción a limitaciones cognoscibles impuestas por hábitats espe-

otras familias residentes. Los alimentos se distribuyen crudos o son preparados por los recolectores y repartidos después. Hay un trasiego constante de nueces, bayas, raíces y melones de un hogar a otro hasta que cada habitante ha recibido una porción equitativa. Al día siguiente son otros los que salen en busca de comida, y cuando regresan al campamento al final de día, se repite la distribución de alimentos.

Lo que Hobbes no comprendió fue que en las sociedades pequeñas y preestatales redundaba en interés de todos mantener abierto a todo el mundo el acceso al hábitat natural. Supongamos que un !kung con un ansia de poder como la descrita por Hobbes se levantara un buen día y le dijera al campamento: «A partir de ahora, todas estas tierras y todo lo que hay en ellas es mío. Os dejaré usarlo, pero sólo con mi permiso y a condición de que yo reciba lo más selecto de todo lo que capturéis, recolectéis o cultivéis.» Sus compañeros, pensando que seguramente se habría vuelto loco, recogerían sus escasas pertenencias, se pondrían en camino y, cuarenta o cincuenta kilómetros más allá, erigirían un nuevo campamento para reanudar su vida habitual de reciprocidad igualitaria, dejando al hombre que quería ser rey ejercer su inútil soberanía a solas.

Si en las simples sociedades del nivel de las bandas y las aldeas existe algún tipo de liderazgo político, éste es ejercido por individuos llamados cabecillas que carecen de poder para obligar a otros a obedecer sus órdenes. Pero, ¿puede un líder carecer de poder y aun así dirigir?

Cómo ser cabecilla

Cuando un cabecilla da una orden, no dispone de medio físicos certeros para castigar a aquellos que le desobedecen. Por consiguiente, si quiere mantener su puesto, dará pocas órdenes. El poder político genuino depende de su capacidad para expulsar o exterminar cualquier alianza previsible de individuos o grupos insumisos. Entre los esquimales, un grupo seguirá a un cazador destacado y atacará su opinión con respecto a la selección de cazaderos; pero en todos los demás asuntos, la opinión del «líder» no pesará más que la de cualquier otro hombre. De manera similar, entre los !kung cada banda tiene sus «líderes» reconocidos, en su mayoría varones. Estos hombres toman la palabra con mayor frecuencia que los demás y se les escucha con algo más de deferencia, pero no poseen ninguna autoridad explícita y sólo pueden usar su fuerza de persuasión, nunca dar órdenes:

Cuando Lee preguntó a los !kung si tenían «cabecillas» en el sentido de jefes poderosos, le respondieron: «Naturalmente que tenemos cabecillas. De hecho, somos todos cabecillas... cada uno es su propio cabecilla.»

Ser cabecilla puede resultar una responsabilidad frustrante y tediosa. Los cabecillas de los grupos indios brasileños como los mehinacus del Parque Nacional de Xingu nos traen a la memoria la fervorosa actuación de los jefes de tropa de los *boy-scouts* durante una acampada de fin de semana. El primero en levantarse por la mañana, el cabecilla

intenta despabilar a sus compañeros gritándoles desde la plaza de la aldea. Si hay que hacer algo, es él quien acomete la tarea y trabaja en ella con más ahínco que nadie. Da ejemplo no sólo de trabajador infatigable, sino también de generosidad. A la vuelta de una expedición de pesca o de caza, cede una mayor porción de la captura que cualquier otro, y cuando comercia con otros grupos, pone gran cuidado en no quedarse con lo mejor.

Al anochecer reúne a la gente en el centro de la aldea y les exhorta a ser buenos. Hace llamamientos para que controlen sus apetitos sexuales, se esfuercen en el cultivo de sus huertos y tomen frecuentes baños en el río. Les dice que no duerman durante el día y que no sean rencorosos. Y siempre evitará formular acusaciones contra individuos en concreto.

Robert Dentan describe un modelo de liderazgo parecido entre los semais de Malasia. Pese a los intentos por parte de forasteros de reforzar el poder del líder semai, su cabecilla no dejaba de ser otra cosa que la figura más prestigiosa entre un grupo de iguales. En palabras de Dentan, el cabecilla

mantiene la paz mediante la conciliación antes que recurrir a la coerción. Tiene que ser persona respetada [...]. De lo contrario, la gente se aparta de él o va dejando de prestarle atención [...]. Además, la mayoría de las veces un buen cabecilla evalúa el sentimiento generalizado sobre un asunto y basa en ello sus decisiones, de manera que es más portavoz que formador de la opinión pública.

Así pues, no se hable más de la necesidad innata que siente nuestra especie de formar grupos jerárquicos. El observador que hubiera contemplado la vida humana al poco de arrancar el despegue cultural habría concluido fácilmente que nuestra especie estaba irremediabilmente destinada al igualitarismo salvo en las distinciones de sexo y edad. Que un día el mundo iba a verse dividido en aristócratas y plebeyos, amos y esclavos, millonarios y mendigos, le habría parecido algo totalmente contrario a la naturaleza humana a juzgar por el estado de cosas imperantes en las sociedades humanas que por aquel entonces poblaban la Tierra.

Hacer frente a los abusos

Cuando prevalecían el intercambio recíproco y los cabecillas igualitarios, ningún individuo, familia u otro grupo de menor tamaño que la banda o la aldea podía controlar el acceso a los ríos, lagos, playas, mares, plantas y animales, o al suelo y subsuelo. Los datos en contrario no han resistido un análisis detallado. Los antropólogos creyeron en un tiempo que entre los cazadores-recolectores canadienses había familias e incluso individuos que poseían territorios de caza privados, pero estos modelos de propiedad resultaron estar relacionados con el comercio colonial de pieles y no existían originalmente.

pecies de la jungla de las tierras bajas, adaptadas a hábitats húmedos, y hubieran prestado flaco servicio a los hombres que domesticaban maíz y amaranto en los áridos valles de las montañas del interior. En cuanto al ciervo y al antilope, puesto que nadie más ha sido capaz de domesticarlos por completo, no veo por qué esperar que lo hicieran los antiguos mexicanos. En cualquier caso, hubieran servido menos aún que las llamas y las alpacas como animales de carga, tracción u ordeño.

La extinción de especies animales no sólo retrasó el desarrollo de las aldeas agrarias sedentarias en la segunda Tierra, sino que privó a ésta de la agricultura del arado tirado por animales y de la capacidad de desarrollar en toda su envergadura los sistemas agrarios que conoció la primera Tierra. (Los incas en realidad usaron un tipo de arado tirado y empujado por hombres.) Lo que acaso sea más importante aún es que la carencia de animales de tracción inhibió la invención del vehículo sobre ruedas. Los mexicanos no tuvieron dificultad alguna para inventar la rueda, pero sólo la utilizaban en la fabricación de juguetes para sus hijos. Sin animales de tracción poco incentivo tenían para construir carros. Enganchar hombres a carretas no resulta mucho mejor que ponerles a cargar pesos en la cabeza o la espalda, sobre todo si se tiene en cuenta el coste que hubiera supuesto construir carreteras lo suficientemente llanas y anchas para dar cabida a una carreta de bueyes de la primera Tierra. Los incas construyeron una extensa red vial, pero sólo destinada al tráfico pedestre del hombre y de la llama, y con un considerable ahorro de gastos al salvar grandes desniveles mediante escalones en lugar de revueltas en zigzag.

Un hecho impresionante es que las grandes ciudades de la segunda Tierra fueran centros no tanto comerciales como administrativos. No puede decirse que carecieran de mercados, artesanos especializados o comerciantes, pero el objeto de la mayor parte del comercio, descontando el de artículos de lujo, eran las maderas que crecían en los alrededores de la ciudad, o bien mercancías producidas en ésta. La producción de alimentos o mercancías a granel quedaba limitadísima por la falta de vehículos. Es sintomática del relativo subdesarrollo del intercambio comercial la inexistencia de dinero de uso generalizado. Salvo el uso limitado de los granos de cacao por parte de las castas de mercaderes de México, la segunda Tierra carecía de moneda. La falta de un tráfico de carga a larga distancia y de un sistema monetario inhibió de manera decisiva el nacimiento de unas clases comerciales como las que tanta importancia tuvieron en el desarrollo de los centros imperiales clásicos de Eurasia.

La falta de interés por la rueda frenó el avance tecnológico en muchos otros campos. Sin la rueda no podía haber poleas, engranajes ni mecanismos de transmisión, dispositivos que permitieron a los hombres de la primera Tierra construir máquinas que molían harina, hilaban lana, medían el tiempo y permitían levantar grandes pesos - incluidas las anclas y velas de sus buques- y que constituyeron la base de la ingeniería mecánica en la época de las máquinas de vapor y los motores de combustión interna.

ban ni por asomo. No había rastro alguno de carretillas, carros ni de ningún vehículo de ruedas. Las únicas armas que usaban los soldados eran dardos y lanzas con puntas de piedra. Nada sabían de espadas de acero o trabucos. Su desconocimiento del caballo era tan completo que al principio creían que animal y jinete eran una sola criatura.

La vida social en las dos Tierras había evolucionado esencialmente por caminos paralelos, pero el ritmo del cambio era decididamente más lento en las Américas. Las respuestas humanas en conjunto tienden a ser parecidas cuando las condiciones subyacentes son similares. Pero, claro está, las condiciones subyacentes rara vez son exactamente las mismas. Las dos Tierras eran gemelas, pero no idénticas. Después de las extinciones de animales que tuvieron lugar en la segunda Tierra hacia el final de la última glaciación, las regiones bien pobladas de plantas domesticables quedaron mal pobladas de animales domesticables. No sobrevivió ningún animal parecido a la oveja, la cabra, el cerdo, la vaca, el asno, el búfalo acuático o el caballo que se pudiera encerrar en un cercado y alimentar con excedentes agrícolas. Ciertamente, los ancestros de los incas domesticaron llamas y alpacas, pero eran éstas criaturas frágiles, adaptadas a los valles más altos de los Andes. No se podían ordeñar como las ovejas, las cabras y las vacas, ni podían llevar cargas pesadas como los burros y los caballos, ni tirar de carros o arados como los bueyes. Tampoco podía la cobaya resistir la comparación con el cerdo. Además, ninguno de los animales de la segunda Tierra aptos para la domesticación era originario de la región montañosa de México de donde era originario el antecesor silvestre del maíz. Creo que esto explica por qué los habitantes de las montañas mexicanas seguían manteniendo hábitos de vida seminómadas cuando ya habían iniciado la domesticación de las especies de cultivo más importantes. En el Próximo Oriente las aldeas sedentarias podían disponer a un mismo tiempo de proteínas y grasas vegetales y animales, puesto que domesticaron plantas y animales a la vez. El sedentarismo aumentó la productividad de las plantas domesticadas, con lo cual, a su vez, creció el interés por la vida sedentaria. Pero en las montañas mexicanas la necesidad de mantener el componente animal en la dieta hizo que sus habitantes se resistieran a abandonar la caza. Así, al contrario de lo que ocurrió en el Próximo Oriente, el desarrollo de aldeas en las montañas de Mesoamérica no precedió a la primera fase de cultivo, sino que la siguió después de un lapso de varios milenios. Esto, a su vez, retrasó la aparición de jefaturas agrícolas en las zonas montañosas y la aparición de los primeros Estados de las tierras altas en hábitats propicios para el crecimiento imperial.

Los mexicanos acabaron domesticando el pavo, el pato (*Cairina moschata*), la abeja y un perro lampiño criado por su carne, pero estas especies no tenían peso alguno en la fase agraria incipiente ni llegaron a alcanzar importancia suficiente en períodos posteriores.

Algunos antropólogos han puesto en tela de juicio la idea de que los paleoindios dispusieran de pocas opciones a la hora de elegir especies domesticables, y se preguntan por qué no domesticaron tapires, saínos, antílopes o ciervos. El tapir y el saíno son es-

Entre los !kung, un núcleo de personas nacidas en un territorio particular afirma ser dueño de las charcas de agua y los derechos de caza, pero esta circunstancia no tiene ningún efecto sobre la gente que está de visita o convive con ellas en cualquier momento dado. Puesto que los !kung de bandas vecinas se hallan emparentados por matrimonio, a menudo se hacen visitas que pueden durar meses; sin necesidad de pedir permiso, pueden hacer libre uso de todos los recursos que necesiten. Si bien las gentes pertenecientes a bandas distantes entre sí tienen que pedir permiso para usar el territorio de otra banda, los «dueños» raramente les deniegan este permiso.

La ausencia de posesiones particulares en forma de tierras y otros recursos básicos significa que entre las bandas y pequeñas aldeas cazadoras y recolectoras de la prehistoria probablemente existía alguna forma de comunismo. Quizá debería señalar que ello no excluía del todo la existencia de propiedad privada. Las gentes de las sociedades sencillas del nivel de las bandas y aldeas poseen efectos personales tales como armas, ropa, vasijas, adornos y herramientas. ¿Qué interés podría tener nadie en apropiarse de objetos de este tipo? Los pueblos que viven en campamentos al aire libre y se trasladan con frecuencia no necesitan posesiones adicionales. Además, al ser pocos y conocerse todo el mundo, los objetos robados no se pueden utilizar de manera anónima. Si se quiere algo, resulta preferible pedirlo abiertamente, puesto que, en razón de las normas de reciprocidad, tales peticiones no se pueden denegar.

No quiero dar la impresión de que la vida en las sociedades igualitarias del nivel de las bandas y aldeas se desarrollaba sin asomo de disputas sobre las posesiones. Como en cualquier grupo social, había inconformistas y descontentos que intentaban utilizar el sistema en provecho propio a costa de sus compañeros. Era inevitable que hubiera individuos aprovechados que sistemáticamente tomaban más de lo que daban y que permanecían echados en sus hamacas mientras los demás realizaban el trabajo. A pesar de no existir un sistema penal, a la larga este tipo de comportamiento acababa siendo castigado. Una creencia muy extendida entre los pueblos del nivel de las bandas y aldeas atribuye la muerte y el infortunio a la conspiración malévola de los brujos. El cometido de identificar a estos malhechores recaía en un grupo de chamanes que en sus trances adivinatorios se hacían eco de la opinión pública. Los individuos que gozaban de la estima y del apoyo firme de sus familiares no debían temer las acusaciones del chamán. Pero los individuos pendencieros y tacaños, más dados a tomar que a ofrecer, o los agresivos e insolentes, habían de andar con cuidado.

De los cabecillas a los grandes hombres

La reciprocidad no era la única forma de intercambio practicada por los pueblos igualitarios organizados en bandas y aldeas. Hace tiempo que nuestra especie encontró otras formas de dar y recibir. Entre ellas, la forma de intercambio conocida como redistribución desempeñó un papel fundamental en la creación de distinciones de rango en el marco de la evolución de las jefaturas y los Estados.

Se habla de redistribución cuando las gentes entregan alimentos y otros objetos de valor a una figura de prestigio como, por ejemplo, el cabecilla, para que sean juntados, divididos en porciones y vueltos a distribuir. En su forma primordial probablemente iba emparejada con las cacerías y cosechas estacionales, cuando se disponía de más alimentos que de costumbre. Como ilustra la práctica de los aborígenes australianos, cuando maduraban las semillas silvestres y abundaba la caza, las bandas vecinas se juntaban para celebrar sus festividades nocturnas llamadas *corroborees*. Eran estas ocasiones para cantar, bailar y renovar ritualmente la identidad del grupo. Es posible que al entrar en el campamento más gente, más carne y más manjares, los cauces habituales del intercambio recíproco no bastaran para garantizar un trato equitativo para todos. Tal vez los varones de más edad se encargaran de dividir y repartir las porciones consumidas por la gente. Sólo un paso muy pequeño separa a estos redistribuidores rudimentarios de los afanosos cabecillas de tipo jefe de *boy-scouts* que exhortan a sus compañeros y parientes a cazar y cosechar con mayor intensidad para que todos puedan celebrar festines mayores y mejores. Fieles a su vocación, los cabecillas-redistribuidores no sólo trabajan más duro que sus seguidores, sino que también dan con mayor generosidad y reservan para sí mismos las raciones más modestas y menos deseables. Por consiguiente, en un principio la redistribución servía estrictamente para consolidar la igualdad política asociada al intercambio recíproco. La compensación de los redistribuidores residía meramente en la admiración de sus congéneres, la cual estaba en proporción con su éxito a la hora de organizar los más grandes festines y fiestas, contribuir personalmente más que cualquier otro y pedir poco o nada a cambio de sus esfuerzos; todo ello parecía, inicialmente, una extensión inocente del principio básico de reciprocidad. ¡Poco imaginaban nuestros antepasados las consecuencias que ello iba a acarrear!

Si es buena cosa que un cabecilla ofrezca festines, ¿por qué no hacer que varios cabecillas organicen festines? O, mejor aún, ¿por qué no hacer que su éxito en la organización y donación de festines constituya la medida de su legitimidad como cabecillas? Muy pronto, allí donde las condiciones lo permiten o favorecen -más adelante explicaré lo que quiero decir con esto-, una serie de individuos deseosos de ser cabecillas compiten entre sí para celebrar los festines más espléndidos y redistribuir la mayor cantidad de viandas y otros bienes preciados. De esta forma se desarrolló la amenaza contra la que habían advertido los informantes de Richard Lee: el joven que quiere ser un «gran hombre».

Douglas Oliver realizó un estudio antropológico clásico sobre el gran hombre entre los siuais, un pueblo del nivel de aldea que vive en la isla de Bougainville, una de las islas Salomón, situadas en el Pacífico Sur. En el idioma siuai el gran hombre se denominaba *mumi*. La mayor aspiración de todo muchacho siuai era convertirse en mumi. Empezaba casándose, trabajando muy duramente y limitando su consumo de carne y nueces de coco. Su esposa y sus padres, impresionados por la seriedad de sus intenciones, se comprometían a ayudarlo en la preparación de su primer festín. El círculo de

Los emperadores incas eran los faraones de la segunda Tierra, primogénitos de primogénitos, descendientes del dios solar y seres celestiales de santidad sin igual. Dioses en la Tierra, gozaban de poderes y lujos inimaginados por el pobre jefe mehinacu en su lastimera lucha diaria por preservar el respeto y la obediencia de los suyos. La gente corriente no podía dirigirse cara a cara a su emperador, que concedía sus audiencias oculto tras un biombo, y las personas que se acercaban a él tenían que hacerlo cargando un bulto a sus espaldas. Viajaba reclinado en un palanquín ricamente adornado, llevado por cuadrillas especiales de portadores. Un ejército de barrenderos, aguadores, jardineros y cazadores atendía sus necesidades en el palacio de Cuzco. Si algún miembro de ese personal cometía alguna falta, el castigo podía recaer en toda su aldea.

El emperador tomaba sus comidas en vajillas de oro y plata, asentado en estancias cuyas paredes estaban recubiertas de metales preciosos. Sus ropas estaban hechas de la más suave lana de vicuña y, una vez usadas, las cedía a los miembros de la familia real, pues nunca llevaba dos veces la misma prenda. Disfrutaba de los servicios de gran número de concubinas, metódicamente seleccionadas de entre las muchachas más hermosas del imperio. Con el fin de conservar la sagrada línea de filiación del dios solar, su esposa tenía que ser su propia hermana o media hermana, según ya se ha explicado. Cuando moría, su esposa, sus concubinas y muchos otros servidores eran estrangulados, en estado de embriaguez, en el transcurso de una gran danza, para que no le faltara ninguna comodidad en el otro mundo. A continuación se evisceraba su cuerpo, se envolvía en telas y se momificaba. Estas momias eran atendidas de forma permanente por mujeres que espantaban las moscas con sus abanicos, dispuestas a satisfacer el menor deseo que pudiera expresar el emperador muerto.

Por qué la primera Tierra conquistó a la segunda

En su ruta hacia Tenochtitlán después de arribar a Veracruz en 1519, Hernán Cortés atravesó un paisaje cultural que le resultó vagamente conocido. Pasó por ciudades, villas y aldeas que tenían calles y plazas, y casas para los ricos y los pobres; vio a gente realizando labores de cultivo en lozanos campos irrigados, mientras otros acarreaban cestas de comida y productos de artesanía como cuchillos de obsidiana, cerámica de calidad, plumajes, cueros y pieles finas. En su camino se cruzó con una familiar diversidad de hombres y mujeres humildes y exaltados: potentados, comerciantes aristocráticos, albañiles, picapedreros, jueces, sacerdotes, esclavos. Muchos de ellos vestían ropas tejidas en vivos colores y se adornaban con joyas exquisitas propias de su elevado rango. Y vio palacios, pirámides y otras estructuras de piedra cuya masa, altura y simetría denotaban una gran destreza de arquitectura e ingeniería. Le extrañó, sin embargo, la ausencia de determinadas cosas que formaban parte del mundo cotidiano de la España de su siglo. En el campo los hombres se servían de picos y palas de madera. ¿Dónde estaban los arados y los bueyes para tirar de ellos? Las cabras y las ovejas no se divisa-

Al igual que en América Central, las primeras aldeas sedentarias hicieron su primera aparición en las zonas del litoral y precedieron a la domesticación de especies animales y vegetales con fines de alimentación. A lo largo de la costa peruana, las jefaturas, que alrededor del 2000 a.C. construyeron los primeros grandes túmulos y monumentos de mampostería, basaban su sustento en la captura de la anchoa, que en aquellas playas abunda de forma extraordinaria. Después, con el aumento de la población, los asentamientos se alejaron del mar para remontar las cuencas fluviales, donde pasaron a depender del cultivo del maíz en campos de regadío. Limitados por el desierto, el mar y las empinadas vertientes andinas, estas jefaturas de los valles fluviales empezaron a franquear el umbral hacia el Estado alrededor del año 350 a.C.

Mientras tanto, en los valles circunscritos de la cordillera andina y en las orillas de sus lagos se habían producido una serie de avances comparables en la agricultura de regadío. Una vez los gobernantes lograron integrar en un solo sistema los Estados de los valles costeros y del interior, empezaron a nacer los sistemas imperiales. El primero en conseguirlo fue la cultura chimú, cuya capital rodeada de inmensas murallas de barro, Chan Chan, estaba situada en la costa. Los incas, cuya capital (Cuzco) se erigía en las montañas, absorbieron a la cultura chimú y fundaron en el año 1438 d.C. un imperio que se extendía a lo largo de 3.200 kilómetros y contaba 6 millones de habitantes.

Teniendo en cuenta que su único medio para consignar la información consistía en atar nudos en manojos de cuerdas llamados *quipus*, el arte de gobernar de los incas tiene poco que envidiar a los antiguos sistemas imperiales de la primera Tierra. Las unidades administrativas básicas se clasificaban en tres niveles: aldeas, distritos y provincias, todas ellas a cargo de funcionarios integrados en una cadena de mando centralizada en Cuzco. Los funcionarios eran responsables del respeto de la ley y el orden, de la recaudación de impuestos, así como de la planificación y el reclutamiento de mano de obra y la ejecución de obras públicas. Las tierras de las aldeas también se dividían en tres partes, de las cuales la mayor se reservaba a las familias campesinas, en tanto que el producto de las partes segunda y tercera se cedía a la clase sacerdotal y al Estado y se almacenaba en graneros especiales. La distribución de estas reservas estaba totalmente en manos de la administración central. Además, cuando se necesitaba mano de obra para la construcción de carreteras, puentes, canales, fortificaciones u otras obras públicas, los reclutadores del Gobierno acudían directamente a las aldeas. Gracias a la envergadura del aparato administrativo y a la densidad de población, era posible poner a disposición de los ingenieros incas cantidades ingentes de trabajadores. En la construcción de la fortaleza de Sacsahuamán, en Cuzco, 30.000 personas extrajeron, acarrearon y levantaron monolitos gigantes, algunos de los cuales alcanzaban 200 toneladas de peso. Tales contingentes de mano de obra eran raras en la Europa medieval, pero no así en el antiguo Egipto, en Próximo Oriente o en China.

sus partidarios se iba ampliando rápidamente, y el aspirante a mumi empezaba a construir un local donde sus seguidores de sexo masculino pudieran entretener sus ratos de ocio y donde pudiera recibir y agasajar a los invitados. Luego daba una fiesta de inauguración del club y, si ésta constituía un éxito, crecía el círculo de personas dispuestas a colaborar con él y se empezaba a hablar de él como de un mumi. La organización de festines cada vez más aparatosos significaba que crecían las exigencias impuestas por el mumi a sus partidarios. Éstos, aunque se quejaban de lo duro que les hacía trabajar, le seguían siendo fieles mientras continuara manteniendo o acrecentando su renombre como «gran abastecedor».

Por último, llegaba el momento en que el nuevo mumi debía desafiar a los más veteranos. Para ello organizaba un festín, el denominado *muminai*, en el que ambas partes llevaban un registro de los cerdos, las tortas de coco y los dulces de sagú y almendra ofrecidos por cada mumi y sus seguidores al mumi invitado y a los seguidores de éste. Si en el plazo de un año los invitados no podían corresponder con un festín tan espléndido como el de sus retadores, su mumi sufría una gran humillación social y perdía de inmediato su calidad de mumi.

Al final de un festín coronado por el éxito, a los mumis más grandes aún les esperaba una vida de esfuerzo personal y dependencia de los humores e inclinaciones de sus seguidores. Ser mumi no confería la facultad de obligar a los demás a cumplir sus deseos ni situaba su nivel de vida por encima del de los demás. De hecho, puesto que desprenderse de cosas constituía la esencia misma de la condición de mumi, los grandes mumis consumían menos carne y otros manjares que los hombres comunes. H. Ian Hogbin relata que entre los kaokas, habitantes de otro grupo de las islas Salomón, «el hombre que ofrece el banquete se queda con los huesos y los pasteles secos; la carne y el tocino son para los demás». Con ocasión de un gran festín con 1.100 invitados, el mumi anfitrión, de nombre Soni, ofreció treinta y dos cerdos y gran número de pasteles de sagú y almendra. Soni y algunos de sus seguidores más inmediatos se quedaron con hambre. «Nos alimentará la fama de Soni», dijeron.

El nacimiento de los grandes abastecedores

Nada caracteriza mejor la diferencia que existe entre reciprocidad y redistribución que la aceptación de la jactancia como atributo del liderazgo. Quebrantando de manera flagrante los preceptos de modestia que rigen en el intercambio recíproco, el intercambio redistributivo va asociado a proclamaciones públicas de la generosidad del redistribuidor y de su calidad como abastecedor.

La jactancia fue llevada a su grado máximo por los kwakiutl, habitantes de la isla de Vancouver, durante los banquetes competitivos llamados *potlatch*. Aparentemente obsesionados con su propia importancia, los jefes redistribuidores kwakiutl decían cosas como éstas:

Soy el gran jefe que avergüenza a la gente [...]. Llevo la envidia a sus miradas. Hago que las gentes se cubran las caras al ver lo que continuamente hago en este mundo. Una y otra vez invito a todas las tribus a fiestas de aceite [de pescado...], soy el único árbol grande [...]. Tribus, me debéis obediencia [...]. Tribus, regalando propiedades soy el primero. Tribus, soy vuestra águila. Traed a vuestro contador de la propiedad, tribus, para que trate en vano de contar las propiedades que entrega el gran hacedor de cobres, el jefe.

La redistribución no es en absoluto un estilo económico arbitrario que la gente elige por capricho, puesto que la carrera de un redistribuidor se funda en su capacidad para aumentar la producción. La selección que lleva al régimen de redistribución sólo tiene lugar cuando las condiciones reinantes son tales que el esfuerzo suplementario realmente aporta alguna ventaja. Pero poner a la gente a trabajar más duro puede tener un efecto negativo en la producción. En las simples sociedades cazadoras-recolectoras [*foraging societies*] como la !kung, aquellos que intentan intensificar la captura de animales y la recolecta de plantas silvestres aumentan el riesgo de agotamiento de los recursos animales y vegetales. Invitar a un cazador !kung a actuar como un mumi significaría ponerle a él y a sus seguidores en inminente peligro de inanición. En sociedades agrarias como la siuai o la kaoka, en cambio, el agotamiento de los recursos no constituye un peligro tan inminente. Los cultivos a menudo se pueden plantar en superficies bastante extensas, laborear y escardar más a fondo y favorecer con un mayor aporte de agua y fertilizante sin que ello suponga un peligro inmediato de agotamiento de los recursos.

Ahora bien, no deseo conceder más importancia de la debida a la distinción categórica entre los modos de producción cazadores-recolectores y los agrarios. Los kwakiutl no eran agricultores y, sin embargo, su modo de producción se podía intensificar en gran medida. La mayor parte de su alimento procedía de las prodigiosas migraciones anuales río arriba de salmones y lucios y, mientras se limitaran a utilizar sus salabardos aborígenes, no podían agotar realmente estas especies. En su forma primitiva, pues, los potlatch constituían una forma eficaz de impulsar la producción. Al igual que los kwakiutl, muchas sociedades que carecían de agricultura vivían, con todo, en comunidades estables con marcadas desigualdades de rango. Algunas de ellas, como los kwakiutl, incluso contaban con plebeyos cuya condición asemejaba a la de esclavos. La mayoría de estas sociedades cazadoras-recolectoras no igualitarias parecen haberse desarrollado a lo largo de las costas marítimas y los cursos fluviales, donde abundaban los bancos de moluscos, se concentraban las migraciones piscícolas o las colonias de mamíferos marinos favorecían la construcción de asentamientos estables y donde la mano de obra excedente se podía aprovechar para aumentar la productividad del hábitat.

El mayor margen para la intensificación solía darse, no obstante, entre las sociedades agrarias. Por lo general, cuanto más intensificable sea la base agraria de un sistema re-

do. Con sus 65 metros de altura y más de 215 de lado, su tamaño superaba al del zigurat de Babilonia.

Según crecía la ciudad, la demanda de madera de combustión y construcción fue despojando las montañas circundantes. Cambió el régimen de filtración de aguas y disminuyó el caudal de las fuentes. El descontento popular y los ejércitos extranjeros pusieron fin al Estado. En el año 750 d.C. la ciudad fue saqueada, incendiada y abandonada.

Al contrario de lo que ocurrió en la zona que había conocido el apogeo maya, la cuenca de México no quedó despoblada tras la caída de Teotihuacán. Nuevos Estados nacieron y murieron, hasta culminar en los aztecas, cuya capital, Tenochtitlán, contó con más de 100.000 habitantes y cuyos jardines, calzadas elevadas, mercados, pirámides y templos maravillaron en su tiempo. Su agricultura fue aún más intensiva y productiva que la de Teotihuacán. Las importantes obras de contención de crecidas, desalinización y saneamiento permitieron cultivar las tierras durante todo el año en «jardines flotantes» (en realidad eran plataformas construidas sobre barro y los detritos de las tierras lacustres, conectadas entre sí para permitir su drenaje y el transporte a través de una red de canales).

Pese a la productividad de la agricultura de chinampa, creo que los aztecas no tuvieron la posibilidad de evitar el hundimiento y la ruina de su imperio, destino común de sus predecesores. Su costumbre de reunir a los ejércitos derrotados y llevarlos a Tenochtitlán para sacrificarlos y comérselos no era precisamente propicia a consolidar un imperio duradero, y revelaba ya una sociedad profundamente quebrantada por la presión popular y el agotamiento del medio ambiente. Pero aguardaba a los aztecas un destino singular. En el año 1519 d.C. fueron conquistados por un puñado de invasores procedentes de otro mundo, vestidos con armaduras impenetrables y montados en grandes animales que habían sido cazados hasta su extinción y que los hombres de la segunda Tierra no habían visto en 10.000 años.

Los faraones andinos

La mayor urbe de la civilización de la segunda Tierra estaba situada mucho más al sur del mundo azteca, en los valles elevados de la cordillera andina y a lo largo de la costa pacífica de América del Sur. Sabemos que este otro centro de formación inicial del Estado no estuvo totalmente exento de la influencia mexicana. Es casi seguro, por ejemplo, que el maíz se propagó desde el norte hacia el sur. En tanto que agricultores, empero, los sudamericanos eran en extremo innovadores por derecho propio, y ya habían domesticado varios tipos de frijoles y patatas y de un cereal que crece a gran altitud, la quinoa, antes de empezar a plantar maíz. Como domesticadores de animales estaban muy por delante de los aztecas. Criaban llamas y alpacas, desconocidas en México, para comer su carne e hilar su lana, y comían cobayas domesticadas -igualmente desconocidas en México- que alimentaban con restos de cocina.

tara difícil o poco estimulante intentar escapar de las crecientes exigencias de corveas y tributos.

A partir del 800 a.C. el territorio nuclear de la civilización maya experimentó un cambio radical. Cesó toda actividad de construcción, la gente se alejó de los centros y la población entró en una fase de declive permanente. Indicios diversos señalan como razón de la decadencia maya la intensificación excesiva de la producción agrícola, llevada más allá de los límites de la capacidad de sustentación. La deforestación, raíz del problema, aceleró el agotamiento y la erosión del suelo y probablemente provocó una disminución de la pluviosidad en toda la península de Yucatán. La erosión de las laderas y la disminución de las lluvias ocasionaron, a su vez, el encenagamiento de las cuencas y de los canales de drenaje. Con ello no sólo se hizo más difícil y menos productivo el establecimiento de bancales, sino que también desaparecieron de los canales la rica fauna y flora que los habitaban. Estos cambios ecológicos exacerbaron las rivalidades entre los diversos centros y provocaron el descontento popular. Las guerras, revueltas y la interrupción de las rutas comerciales hicieron el resto para marcar el punto final del período clásico de la civilización maya.

En las tierras altas de México, que admitían un cultivo más intenso y la aplicación de técnicas agrícolas más productivas, las jefaturas pudieron evolucionar hacia Estados muchos mayores y más poderosos que los mayas, hasta culminar en sistemas políticos de dimensiones imperiales. Los Estados de mayor tamaño crecieron en la cuenca de México, una región que corresponde más o menos a la actual ciudad de México y toda su área metropolitana. Aquí las aldeas agrícolas surgieron relativamente tarde, entre 1400 y 1200 a.C. Los primeros aldeanos practicaron en las laderas montañosas una forma de agricultura de tala y quema, a media altura por encima de la base de la cuenca, donde se daba un equilibrio entre una pluviosidad máxima y un mínimo de heladas perjudiciales para los cultivos. El crecimiento de la población les obligó a explotar la franja septentrional de la cuenca, más desfavorable por ser allí más baja la pluviosidad. Fue allí, en el valle de Teotihuacán, a unos 40 kilómetros al noreste del centro urbano de la actual ciudad de México, donde floreció el primer Estado imperial de la segunda Tierra.

Los fundadores de Teotihuacán resolvieron el problema del agua y de las heladas aprovechando manantiales de caudal estable alimentados por las lluvias y nieves que se filtraban por los suelos volcánicos a grandes altitudes. Hacia el año 500 a.C. el centro urbano de Teotihuacán cubría una superficie de 12 kilómetros cuadrados contaba con una población de más de 100.000 habitantes. Era una ciudad planificada, como indica el trazado reticulado de sus calles y avenidas, los mercados implantados en varios distritos y los barrios que agrupaban determinadas actividades artesanas. En el centro se erigía un complejo de edificios públicos, que en comparación empequeñecían los de Tikal, el mayor centro maya, y oscurecían los centros olmecas. El monumento principal, la llamada Pirámide del Sol, aún figura entre las estructuras más grandes del mun-

distributivo, tanto mayor es su potencial para dar origen a divisiones marcadas de rango, riqueza y poder. Pero antes de pasar a relatar cómo aquellos que eran servidos por los mumis se convirtieron en siervos de los mumis, quiero intercalar una pausa para dar consideración a otro tema. Si la institución del mumi era positiva para la producción, ¿por qué había de serlo también para los mumis? ¿Qué impulsaba a la gente a no escatimar esfuerzos con tal de poder vanagloriarse de lo mucho que regalaban?

¿Por qué ansiamos prestigio?

Antes planteé que tenemos necesidad genética de amor, aprobación y apoyo emocional. Para obtener recompensas en la moneda del amor, nuestra especie limita las satisfacciones expresadas en las monedas de otras necesidades y otros impulsos. Ahora planteo que esta misma necesidad explica los ímprobos esfuerzos que hacen cabecillas y mumis por aumentar el bienestar general de los suyos. La sociedad no les paga con alimentos, sexo o un mayor número de comodidades físicas sino con aprobación, admiración y respeto; en suma, con prestigio. Las diferencias de personalidad hacen que en algunos seres humanos la ansiedad de afecto sea mayor que en otros (una verdad de Perogrullo que se aplica a todas nuestras necesidades e impulsos). Parece verosímil, pues, que los cabecillas y mumis sean individuos con una necesidad de aprobación especialmente fuerte (probablemente como resultado de la conjunción de experiencias infantiles y factores hereditarios). Además de poseer un gran talento para la organización, la oratoria y la retórica, los líderes igualitarios descuellan como personas con un enorme apetito de alabanzas, recompensa que otros no tienen reparos en ofrecer a cambio de manjares exquisitos en abundancia y una existencia más segura, más sana y más amena.

En un principio, la recompensa de servicios útiles para la sociedad mediante prestigio parecía, como la redistribución, oponerse al progreso de las distinciones de rango basadas en la riqueza y el poder. Si Soni hubiera intentado quedarse con la carne y la grasa o pretendido conseguir la realización de tareas mediante órdenes en lugar de ruegos, la admiración y el apoyo del pueblo se hubieran dirigido a un gran hombre más auténtico; pues lo intrínseco a las sociedades igualitarias es la generosidad del gran hombre y no la naturaleza del prestigio. En la evolución de las distinciones de rango en jefaturas avanzadas y Estados, junto a la acumulación de riquezas y poder se siguen manteniendo las expectativas de aprobación y apoyo. Ser rico y poderoso no excluye ser amado y admirado mientras no se den muestras de un talante egoísta y tiránico. Los jefes supremos y los reyes desean el amor de sus súbditos y a menudo lo reciben, pero, al contrario de los mumis, recibe su recompensa en todas las monedas que suscribe la naturaleza humana. El pensamiento actual sobre la importancia del prestigio en el quehacer humano sigue los pasos de Thorstein Veblen, cuyo clásico *Teoría de la clase ociosa*, no ha perdido un ápice de su atractivo como comentario mordaz sobre los puntos flacos del consumismo. Señalando la frecuencia con que los consumidores corrientes intentan

emular el intercambio, la exhibición y la destrucción de bienes y servicios de lujo de los miembros de las clases sociales superiores, Veblen acuñó la expresión de «consumo conspicuo». A las agencias de publicidad y a sus clientes les ha venido muy bien, pues han integrado este concepto en sus estrategias para la venta de emplazamientos prestigiosos para edificios de oficinas y residencias, Maseratis de producción limitada, trajes de alta costura y vinos y alimentos selectos.

No obstante, debo expresar mis reservas al abordar el intento que hace Veblen de contestar a la pregunta de *por qué* la gente atribuye valor a la vestimenta, las joyas, las casas, los muebles, los alimentos y las bebidas, el cutis e incluso los olores corporales que emulan las exigencias de las personas de rango superior. Su respuesta fue que anhelamos prestigio debido a nuestra necesidad innata de sentirnos superiores. Al imitar a la clase ociosa esperamos satisfacer este anhelo. En palabras de Veblen: «Con excepción del instinto de conservación, la propensión a la emulación probablemente constituya la motivación económica más fuerte, alerta y persistente.» Esta propensión es tan poderosa, arguye, que nos induce una y otra vez a caer en comportamientos disparatados, despilfarradores y dolorosos. Veblen cita a modo de ejemplo la costumbre de vender los pies entre las mujeres chinas y de encorsetarse entre las americanas, prácticas que incapacitaban de forma conspicua a las mujeres para el trabajo y, por consiguiente, las convertían en candidatas a miembros de la clase privilegiada. También relata la historia (evidentemente apócrifa) de «cierto rey de Francia» que, a fin de evitar «rebajarse» en ausencia del funcionario encargado de correr la silla de su señor, «permaneció sentado delante del fuego sin emitir queja alguna y soportaba el tueste de su real persona más allá de cualquier recuperación posible.»

Este impulso universal por imitar a la clase ociosa preconizado por Veblen presupone la existencia universal de una clase ociosa, cosa que no se da en la realidad. Los !kung, los semais y los mehinacus se las arreglaron bastante bien sin manifestar ninguna propensión especial a mostrarse superiores. En lugar de alardear de su grandeza, procuran restar importancia a sus méritos con el fin de garantizar, precisamente, un trato igual para todos. En cuanto al instinto emulador causa de pautas de comportamiento desquiciado, lo que podría parecer absurdo desde determinado punto de vista, desde otro tiene una razón de orden económico y público. Sin duda alguna, el consumo conspicuo satisface nuestro deseo de sentirnos superiores, incluso si por ello hemos de pagar un precio elevado. Pero nuestra susceptibilidad a tales deseos es de origen social y alberga motivos y consecuencias que van más allá de la mera pretensión o apariencia de un rango elevado; en la perspectiva de la evolución era parte integrante y práctica del proceso de formación de las clases dirigentes, del acceso a las esferas sociales más elevadas y de la permanencia en las mismas.

los corzos, conejos, ardillas, ratas, aves e insectos que componían el amplio espectro de sus presas.

A medida que los asentamientos humanos fueron poblando los mejores emplazamientos ribereños y costeros, los habitantes de las tierras bajas empezaron a prestar mayor atención a la agricultura y añadieron a sus dietas la calabaza y el pimiento. Entre 3000 y 2000 a.C. se agregó el maíz, traído de los centros de domesticación de las serranías. Las jefaturas avanzadas hicieron su primera aparición en dos regiones: Tabasco-Veracruz, patria de los olmecas, y Yucatán-Belice, tierra de los mayas.

Los jefes olmecas dirigieron obras públicas de gran envergadura, como monumentos de piedra labrada, plataformas de tierras y pirámides. El basalto necesario para esculpir las cabezas redondas de casi tres metros de altura, los monolitos, altares y tumbas se acarreamos desde canteras situadas a más de 80 kilómetros de distancia. Los olmecas fijaban sus asentamientos en las cercanías de represas naturales cuyas fértiles tierras eran idóneas para el cultivo de maíz, pero siguieron pescando, recolectando moluscos y cazando. Hacia el año 400 a.C. aconteció un desastre: grupos de desconocidos hicieron pedazos los monolitos, derribaron las cabezas de piedra y desfiguraron y enterraron los altares de piedra. ¿Qué conmemoran estas profanaciones? Probablemente, sublevaciones de plebeyos decididos a impedir una mayor concentración de poder y que preferían vivir sin sus reyezuelos y sin acceso a las tierras de las represas a estar sometidos a las crecientes exigencias de mano de obra y tributos.

La evolución maya siguió otros derroteros. Poco después de la caída de los olmecas, las jefaturas mayas consiguieron franquear el umbral hacia Estados gobernados desde centros ceremoniales espaciados a distancias de una jornada de caminata. Cada centro poseía edificios ornamentales de varias estancias que se alzaban sobre plataformas agrupadas simétricamente alrededor de plazas pavimentadas. A lo largo del eje principal de cada centro, los mayas erigieron estatuas y monolitos con inscripciones realizadas en el sistema de glifos inventado por ellos, en las que se resaltaba la historia del reino, las grandes batallas ganadas y otras hazañas, todo ello con indicación precisa de fechas, calculadas con ayuda de meticulosas observaciones astronómicas. Dominaban cada centro, a la manera de los zigurat de Mesopotamia -pirámides truncadas revestidas de piedra-, con escalinatas que conducían a los templos situados en la cumbre. La mayor parte de la población vivía dispersa en grupos de casas cercanas a los campos de cultivo y sólo visitaban el centro los días de mercado o para presenciar ceremonias públicas importantes o prestar su trabajo cuando los jefes supremos así lo requerían.

Para hacer frente al creciente número de habitantes, los mayas pasaron de la tala y quema a técnicas agrícolas más intensas. Construyeron canales de avenamiento, terraplenaron los suelos húmedos para ganar campos de cultivos permanentes, explotaron las plantas y los animales acuáticos que prosperaban en los canales y cultivaron frutales fertilizados con desperdicios domésticos. Estas inversiones a largo plazo, junto con la extensa destrucción de la superficie forestal original, hacían que al plebeyo le resul-

das y aun siglos en domesticar sus plantas, como cabría esperar si unos misteriosos benefactores les hubieran hecho caer en la cuenta. Pero el proceso de domesticación de las plantas indígenas americanas se espació a lo largo de miles de años, durante los cuales los pueblos de la segunda Tierra fueron reduciendo su dependencia de su actividad cazadora y recolectora a un ritmo más lento que los habitantes del Próximo Oriente. Así, por ejemplo, hubieron de pasar más de 2.000 años para convertir una gramínea llamada teocinte, que aún se da en estado silvestre en las montañas de México, en variedades de maíz plenamente domesticadas. Tres mil años antes de nuestra era las mazorcas de maíz no alcanzaban los 2,5 cm de longitud y sólo presentaban unas pocas hileras de granos que en la época de la cosecha se desprendían con facilidad. Dos mil años más tarde, las mazorcas habían alcanzado sus dimensiones actuales y sus granos estaban tan firmemente unidos a la mazorca que la planta ya no podía propagarse sin intervención humana (ni siquiera la cocción consigue desprender los granos, para delicia de las personas que gustan roer mazorcas).

Un último argumento para rebatir la explicación difusionista de la agricultura de la segunda Tierra es que entre 7000 y 5000 a.C. los recolectores de las tierras altas de México ya plantaban pequeñas cantidades de judías, calabazas, amarantos, pimientos y aguacates como complemento de los frutos silvestres de la estación. Puesto que durante éste período los chinos empezaban a adoptar un modo de vida neolítico y los pobladores de Europa y África occidentales aún no lo habían hecho, mal hubieran podido los viajeros transpacíficos o transatlánticos añadir algo a lo que ya conocieran los habitantes de la segunda Tierra. Y esto es válido no sólo para la agricultura, sino también para las grandes transformaciones políticas que la agricultura hizo posible.

La evolución de la segunda Tierra

Como en el caso de la primera Tierra, los cambios climáticos y el agotamiento cinético indujeron a los primeros colonizadores a diversificar su dieta. En México este cambio tuvo consecuencias distintas para los pobladores de las tierras bajas del litoral y de las regiones montañosas del interior. Gracias a la rica fauna y flora ribereña y marina, los habitantes de las zonas costeras de Tabasco, Veracruz y Belice empezaron a establecerse en aldeas mil o más años antes de adoptar la agricultura como principal medio de subsistencia. Las primeras jefaturas de la segunda Tierra probablemente tuvieron su origen en estas aldeas. Los habitantes de las tierras altas del interior, en cambio, no se establecieron en aldeas permanentes hasta obtener unas variedades de maíz de mayor calidad, a partir del tercer milenio a.C. Esta diferencia se explica porque los pueblos del litoral tenían todas las facilidades para abastecerse de pescados y otras fuentes concentradas de grasas y proteínas animales de sus moradas permanentes, mientras que los pobladores de las tierras altas, pese a estar adelantados en la domesticación de plantas, se veían obligados a una mayor movilidad debido a la dispersión de

¿Por qué consumimos de forma conspicua?

El intercambio, la exhibición y la destrucción conspicuas de objetos de valor -implícito todo ello en el concepto de consumo conspicuo formulado por Veblen- son estrategias de base cultural para alcanzar y proteger el poder y la riqueza. Surgieron porque aportaban la prueba simbólica de que los jefes supremos y los reyes eran en efecto superiores y, en consecuencia, más ricos y poderosos por derecho propio que el común de los mortales. Los redistribuidores generosos como Soni no tienen necesidad de impresionar a sus seguidores con un modo de vida suntuoso: al carecer de poder, no necesitan justificarlo y perderían la admiración de sus seguidores si así lo hicieran. Pero los redistribuidores que se recompensan a sí mismos en primer lugar y en mayor medida siempre han precisado echar mano de ideologías y rituales para legitimar su apropiación de la riqueza social.

Entre las jefaturas avanzadas y los primeros Estados, la justificación de las prerrogativas regias que mayor influencia han tenido desde el punto de vista ideológico era la reivindicación de la descendencia divina. Los jefes supremos de Hawai, los emperadores del antiguo Perú, la China y el Japón, así como los faraones de Egipto, se decían todos, de manera independiente, descendientes directos del Sol, dios creador del universo. De conformidad con leyes de filiación y sucesión convenientemente concebidas para sacar las máximas ventajas de esa relación de parentesco, los monarcas reinantes se convirtieron en seres con atributos divinos y dueños legítimos de un mundo creado para ellos y legado por su antepasado incandescente. Ahora bien, no hay que esperar de los dioses y sus familiares inmediatos un aspecto y un comportamiento propios del común de los mortales (a no ser que se pongan de parte del común de los mortales para enfrentarse al rico y poderoso). Sobre todo, sus hábitos de consumo tienen que estar a la altura de sus orígenes celestiales, en un nivel situado muy por encima de las capacidades de sus súbditos, con el fin de demostrar el infranqueable abismo que los separa. Ataviándose con vestiduras bordadas y confeccionadas con los tejidos más delicados, turbantes cuajados de joyas, sombreros y coronas, sentándose en tronos de arte intrincado, alimentándose únicamente de manjares de exquisita elaboración servidos en vajillas de metales preciosos, residiendo en vida en suntuosos palacios y en tumbas y pirámides igualmente suntuosas después de la muerte, los grandes y poderosos crearon un modo de vida destinado a atemorizar e intimidar tanto a sus súbditos como a cualquier posible rival.

En buena medida, el consumo conspicuo se centra en un tipo de bienes muebles que los arqueólogos califican de objetos suntuarios: copas de oro, estatuillas de jade, cetros con incrustaciones de piedras preciosas, espadas, así como coronas, trajes y vestidos de seda, pulseras de marfil, collares de diamantes, anillos de rubíes y zafiros, pendientes de perlas y otros ejemplos de joyería fina. ¿Por qué tenían tanto valor estos objetos? ¿Acaso por sus cualidades intrínsecas como color, dureza, brillo y duración? No lo creo. Como dicen los poetas, igual belleza albergan una brizna de hierba, la hoja de un árbol o un guijarro de playa. Y, sin embargo, a nadie se le ha ocurrido nunca consumir

de forma conspicua hojas, briznas de hierba o guijarros. Los objetos suntuarios adquirieron su valor porque eran exponentes de acumulación de riqueza y poder, encarnación y manifestación de la capacidad de unos seres humanos con atributos divinos para hacer cosas divinas. Para que algo fuera considerado como objeto suntuario, debía ser muy escaso o extraordinariamente difícil de conseguir para la gente normal, estar oculto en las entrañas de la tierra o los fondos marinos, proceder de tierras lejanas o ser de difícil y aventurado acceso, o constituir prueba material de labor concentrada, habilidad y genio de grandes artesanos y artistas.

Durante las dinastías Shang y Chou de la antigua China, por ejemplo, los emperadores eran grandes mecenas de los artesanos del metal, cuyos logros supremos fueron las vasijas de bronce de decoración sumamente complicada. En un escrito fechado en 522 a.C. el erudito Tso Ch'iu-ming elogia la función de estas obras maestras de bronce: «Cuando los poderosos han conquistado a los débiles, hacen uso del botín para encarar vasijas rituales con inscripciones que dejan constancia del hecho, para mostrarlo a sus descendientes, para proclamar su esplendor y virtud, para castigar a los que no observan rituales.»

Con el consumo conspicuo nuestra especie hizo una reinención cultural de los plumajes de brillantes colores, los alaridos, las danzas giratorias, la exhibición de dientes y las pesadas cornamentas que los individuos de las especies no culturales utilizan para intimidar a sus rivales. He leído que entre los grillos los machos dominantes son los que chirrían más alto. Cuando se les aplica cera en las patas para silenciarlos, siguen apareándose más que sus rivales, pero aumenta notablemente el tiempo que gastan en combate. «En otras palabras -observa Adrian Forsyth-, hacer publicidad de fuerza ante los rivales sale a cuenta, de lo contrario se malgastan muchas energías para afirmar tal fuerza.»

En las épocas preindustriales los objetos suntuarios funcionaban como proclamas, anuncios publicitarios para captar la atención, advertencias que significaban: «Como podéis ver, somos seres extraordinarios. Los mejores artistas y artesanos trabajan a nuestras órdenes. Enviamos mineros a las entrañas de la tierra, buceadores a los fondos del mar, caravanas a través de los desiertos y barcos a través de los mares. Obedeced nuestras órdenes porque quien es capaz de poseer tales cosas tiene poder suficiente para destruirlos.»

Hasta nuestros días los objetos suntuarios siguen conservando su importancia crucial en la construcción y el mantenimiento del rango social. Pero su mensaje ya no es el mismo, como veremos a continuación.

Yuppies, ¿por qué?

El consumo conspicuo en las economías de consumo contemporáneas difiere del consumo conspicuo de los primeros Estados e imperios. Al carecer de clases hereditarias cerradas, las modernas economías de mercado incitan a la gente a adquirir objetos

bemos que los indios americanos procedían de Asia antes que de Europa o África porque comparten más rasgos raciales con los pobladores de Asia oriental que con los de Europa del Norte o África.

La teoría de que nuestra especie ya había colonizado la segunda Tierra mucho antes de finalizar el último período glaciario se puede corroborar con la datación de una serie de yacimientos antiguos como los abrigos rocosos de Pensilvania, los hogares de los picos peruanos, las casas de madera del sur de Perú y un abrigo rocoso del nordeste de Brasil, cuyas fechas radiométricas se remontan, en su conjunto, a un período comprendido entre hace 33.000 y 13.000 años. Aun así, muchos arqueólogos siguen escépticos por haber visto cómo numerosos cálculos anteriores con dataciones similares fueron posteriormente desechados. No tengo por qué tomar partido en este debate porque su resultado no afecta la cuestión de si los inmigrantes de la segunda Tierra inventaron la agricultura y crearon jefaturas y Estados independientemente de sus semejantes de la primera Tierra. Lo interesante es que, lo hicieran hace 30.000 o 12.000 años, nadie sostiene que los primeros colonizadores llegaran en calidad de agricultores o pastores. Es más, mucho tiempo después de que los descendientes de los primeros pobladores se hubieran extendido por las Américas y creados Estados basados en la agricultura, había bastas regiones tan meridionales como el río Amur, a un lado del estrecho de Bering, y California, al otro, que seguían habitadas por gentes que vivían más de la caza y recolección que de la agricultura. ¿Cómo pudo el conocimiento de la agricultura pasar por esas extensas regiones donde nadie se dedicaba al cultivo?

Si la práctica de la agricultura no pudo llegar por Siberia y Alaska, tal vez lo hizo a través del océano Pacífico procedente de Polinesia, o incluso directamente de Indonesia o China, en canoas de alta mar o juncos que el viento había desviado de su ruta; o acaso pudo llegar directamente en navíos llevados por el viento a través del Atlántico, desde Europa o África. Tal vez sí, sino fuera porque se opone a ello un gran problema: las gentes de la primera Tierra desconocían por completo los alimentos vegetales de la segunda Tierra. Nunca habían visto cereales como el maíz, el amaranto o la quinoa; ni leguminosas como el *Castanospermum australe*, las judías y las habas; ni frutas y verduras como el aguacate, la calabaza, el melón o el tomate; ni tubérculos como la mandioca, la patata o el boniato; ni especias como el chile, el cacao o la vainilla; ni tampoco los narcóticos y estimulantes como la coca y el tabaco. ¿De dónde procedían estos extraños alimentos si los viajeros oceánicos de la primera Tierra habían llevado la agricultura a la segunda Tierra? ¿Por qué el maíz, el amaranto y la quinoa y no el trigo, la cebada y el arroz?

Durante mucho tiempo los difusionistas solían responder sistemáticamente que los viajeros no llevaron los cultivos sino que se limitaron a llevar el conocimiento de que las plantas se podían domesticar, cosa que impulsó a los pobladores indígenas a ponerse a cultivar todos los cereales y tubérculos que tuvieron a su alcance. Esta teoría podría tener algo de verosímil si los primeros migrantes hubieran tardado algunas déca-

Cuanto más distantes y aislados entre sí se encuentran dos centros cualesquiera de desarrollo inicial del Estado y cuantas menos especies domésticas de plantas y animales tengan en común, tanto menor es la probabilidad de que uno de ellos ejerciera alguna influencia sobre la evolución del otro. Reconozco que China y el Próximo Oriente no fueron territorios tan separados entre sí como para excluir cualquier probabilidad de interacción. Como ya indiqué, el trigo se difundió hasta llegar a China, si bien llegó cuando las jefaturas chinas ya habían cruzado el umbral hacia el Estado. Y aún existe la posibilidad remota de que el mijo domesticado hiciera el mismo viaje en fecha temprana. La forma ideal de investigar la repetición independiente de las principales secuencias evolutivas en la selección cultural consistiría en estudiar la evolución de las sociedades humanas en planetas lejanos similares a la Tierra. De reproducirse en cada una de ellas las mismas secuencias, tendríamos la certeza de que la historia se repite. Hay algo que mucha gente no sabe, y es que, efectivamente, hace algún tiempo se descubrió un planeta así. No se ha hablado mucho de ello fuera de los círculos antropológicos, pero parece ser que nuestra especie vivía anteriormente en dos Tierras separadas que a todos los efectos prácticos no estuvieron en contacto entre sí durante todo el tiempo en que las sociedades organizadas en bandas y aldeas evolucionaban hacia el Estado. Después de un lapso de unos 12.000 años los habitantes de estas Tierras consiguieron localizar a los otros viajando en primitivos precursores de las naves espaciales. Encontraron civilizaciones y culturas que diferían de la suya en los detalles, pero que en cuanto a estructura y niveles de organización se parecían a la suya propia de forma asombrosa. La historia se había repetido, en efecto, a gran escala.

Cómo comenzó la segunda Tierra

Es difícil determinar cuándo exactamente fue colonizada la segunda Tierra. Algunos arqueólogos creen que fue hace 20.000 años o más; según otros, no pudo ser mucho antes del décimo milenio antes de nuestra era. Cómo empezó tiene una respuesta más sencilla: cazadores en pos de caza mayor procedentes del nordeste de Siberia, que seguían las manadas de mastodontes, mamuts, caribúes y caballos, atravesaron Beringia, una gran plataforma hoy sumergida que unía Siberia y Alaska durante el último período glaciario. Avanzando a una medida de 16 kilómetros al año, la principal oleada migratoria alcanzó la punta de América del Sur hacia el 9000 antes de Cristo. Sabemos que los primeros americanos no eran «nativos», sino que habían emigrado hacia la segunda Tierra porque en el hemisferio occidental nunca se ha encontrado huella alguna de homínidos de tipo australopiteco o presapiens, ni siquiera un gran simio vivo o muerto. Los cazadores de caza mayor no viajan en barco, de manera que tuvieron que llegar por tierra. Además, hace 12.000 años aún no se había construido ninguna nave capaz de navegar por el mar, dado que en aquel período los casquetes polares eran aún tan extensos que gran parte de Beringia todavía constituía tierra firme. Por último, sa-

suntuarios si pueden permitírselos. Dado que la fuente de riqueza y poder de las modernas clases altas reside en el aumento del consumo, todo el mundo se siente alentado a ceder en grado máximo a sus inclinaciones emuladoras. Cuantos más Maseratis y trajes de alta costura, mejor, siempre y cuando, por supuesto, salgan al mercado nuevas marcas aún más exclusivas una vez las primeras se hayan convertido en algo demasiado común. Pero en los primeros Estados e imperios cualquier intento por parte de los comunes de emular a la clase dirigente sin el consentimiento de ésta se consideraba como amenaza subversiva. Para evitar que esto ocurriera, las élites instauraron leyes suntuarias según las cuales constituía delito que los comunes emularan a sus superiores. Algunas de las restricciones suntuarias más exquisitamente detalladas son las que se aplican en el sistema de castas de la India. Los rajputs que dominaban en el norte de la India, por ejemplo, prohibían a los hombres chamar, de casta inferior, usar sandalias o cualquier prenda de vestir por encima de la cintura o por debajo de las rodillas. Los hombres chamar también tenían prohibido cortarse el cabello y usar paraguas o sombrillas. Las mujeres chamar debían llevar los senos al descubierto, no podían maquillarse con pasta de azafrán ni adornarse con flores, y en sus casas no se les permitía usar vasijas que no fueran de barro. (Si alguien aún duda del poder de la cultura para hacer y deshacer el mundo en que vivimos, que reflexione sobre lo siguiente: mientras que en Occidente las feministas han estado luchando por liberarse apareciendo en público con el pecho descubierto, las mujeres de la India se han liberado negándose a aparecer en público con éste descubierto.)

Veamos otro ejemplo de legislación suntuaria dentro de un contexto político menos conocido. Según relata Diego Durán, una de las primeras fuentes importantes de información sobre el México precolombino, los plebeyos no podían llevar prendas de algodón, plumas ni flores, ni tampoco podían beber chocolate o comer manjares refinados. En otras palabras, una de las principales líneas de fuerza de las antiguas formas de consumo conspicuo consistía en frustrar cualquier intento del populacho por emular a las clases superiores.

La emulación, que Veblen considera el primer motor económico después de la supervivencia, no se convirtió en una fuerza económica importante hasta que las clases dirigentes dejaron de estar constituidas por élites endógamas y hereditarias. Sin embargo, las teorías de Veblen se pueden aplicar con notable precisión a la transición europea de las monarquías feudales a las democracias parlamentarias capitalistas, con sus clases altas mercantiles e industriales que, efectivamente, derrochaban sus recién amasadas fortunas en mansiones, tumbas y objetos suntuarios para demostrar que estaban a la altura de sus antiguos superiores. No puedo aceptar, empero, la caricatura que Veblen hace de los burgueses ansiosos por subir en la escala social y cuya sed de prestigio les induce a caer en un consumismo necio y no utilitario. Las nacientes élites capitalistas no pretendían destruir a los aristócratas, sino unirse a ellos, y para esto no tenían más remedio que imitar los cánones de consumo aristocráticos.

¿Se trata tal vez de uno de esos ejemplos en que las cosas siguen igual por muchos que sean los cambios que atraviesan? Muy al contrario, las nuevas minorías selectas del capitalismo trastornaron las vinculaciones tradicionales entre los objetos suntuarios y el mantenimiento de la riqueza y el poder. En las sociedades capitalistas las altas esferas no están reservadas a aquellos que insisten en ser los únicos con derecho a posesiones raras y exóticas. Como acabo de mencionar, el poder y la riqueza proceden del comercio en mercados abiertos y, salvo algunas excepciones (¿como las joyas de la corona de Inglaterra?), todo se puede comprar. No sólo no hay ninguna ley que impida que una persona normal adquiera un Rolls-Royce, fincas en el campo, caballos de carreras, yates, gemas y metales preciosos de toda clase y raros perfumes, las obras de grandes artistas y artesanos y lo último en alta costura y cocina, sino que la riqueza y el poder de la gente que se encuentra en la cima aumentan en proporción con el volumen de tales compras.

Y esto me lleva a la situación de los vilipendiados *yuppies*, acaso los consumidores de objetos suntuarios más voraces y depredadores que el mundo haya visto jamás. La mala fama de los *yuppies* se debe a que su afán por comprar símbolos de riqueza y poder no constituye un caso más de propensión extraña a la emulación a cualquier precio. Se trata más bien de una implacable condición del éxito, impuesta desde arriba por una sociedad en la que la riqueza y el poder dependen del consumismo masivo. Sólo los que pueden dar prueba de su lealtad al ethos consumista encuentran admisión en los círculos más selectos de la sociedad de consumo. Para el joven que asciende en la escala social (o incluso el joven que simplemente no quiere bajar en la escala social), el consumo conspicuo es no tanto el premio como el precio del éxito. La ropa de marca, los coches deportivos italianos, los discos láser, los equipos de alta fidelidad, las frecuentes expediciones de compra a esos bazares orientales de vidrio y acero que son los grandes almacenes, los fines de semana en la costa, los almuerzos en Maxim's: sin todo ello resulta imposible entrar en contacto con las personas que hay que conocer, imposible encontrar el empleo idóneo. Si esto implica endeudarse con tarjetas de crédito, retrasar el matrimonio y vivir en apartamentos libres de niños en lugar de hacerlo en una casa de las afueras, ¿cabe imaginar mejor prueba de lealtad hacia los superiores? Pero volvamos al mundo tal como era antes de que hubiera clases dirigentes y grandes almacenes.

Del gran hombre al jefe

El progresivo deslizamiento (¿o escalada?) hacia la estratificación social ganaba impulso cada vez que era posible almacenar los excedentes de alimentos producidos por la inspirada diligencia de los redistribuidores en espera de los festines *muminai*, los *potlatch* y demás ocasiones de redistribución. Cuanto más concentrada y abundante sea la cosecha y menos precedero el cultivo, tanto más crecen las posibilidades de grandes hombres de adquirir poder sobre el pueblo. Mientras que otros solamente al-

planteaban mijo, criaban cerdos y perros, enterraban a sus muertos en tumbas claramente definidas, fabricaban cerámica decorada y experimentaban con los primeros prototipos de los caracteres utilizados en la escritura china.

Las variedades de mijo encontradas en China septentrional descienden de variedades silvestres que crecían tanto en Europa como en China. Una de ellas se domesticó también en Grecia, cerca de Argista. ¿Pudo ser ésta la variedad que dio origen al mijo chino? La respuesta es negativa si se considera el tiempo que tardaron otros cultivos neolíticos en difundirse hasta llegar a China. Así, por ejemplo, el trigo, uno de los cereales básicos en el Próximo Oriente durante el Neolítico, no tenía antecesores silvestres en China. Los chinos empezaron a cultivarlo hacia 1300 a.C., más de 6.000 años después de que fuera domesticado en el Próximo Oriente. Si la difusión del trigo por Asia llevó más de 6.000 años, ¿cómo pudo el mijo, un cultivo menos productivo, hacer el recorrido en menos de un milenio? Igual de perjudicial para la perspectiva difusionista es la pregunta de por qué se difundió el mijo y no el trigo, cultivo mucho más productivo. La teoría de que el mijo forzosamente se tuvo que difundir a partir del Próximo Oriente también pasa por alto que los propios pobladores del Asia oriental también fueron capaces de domesticar plantas entonces desconocidas en Europa, sobre todo el arroz y la soja, cultivos de gran valor nutritivo y alto rendimiento que no llegaron a Europa hasta hace muy poco tiempo. Los chinos fueron igual de innovadores a la hora de cultivar tierras y criar ganado. Durante el Paleolítico ya había antecesores salvajes del cerdo doméstico tanto en China como en el Próximo Oriente, y las variedades domésticas hacen su aparición junto con los primeros granos. Los huesos hallados en el mismo lugar podrían ser los restos más antiguos del búfalo acuático doméstico, otra especie indígena del Extremo Oriente y que no formaba parte del complejo neolítico del Próximo Oriente.

En su revisión del proceso de formación del Estado en China, K. C. Chang llega a la conclusión de que los testimonios arqueológicos corroboraban la existencia de jefaturas caracterizadas por distinciones de rango, guerra, oficios especializados y especialistas religiosos en varias regiones de China como mínimo 2.500 años antes de nuestra era. Afirma que los Estados aparecieron durante el período llamado Hsia, unos 2.200 años a.C. Quinientos años más tarde empezaron a surgir Estados de dimensiones imperiales; de ellos, uno de los primeros fue el de Shang, que tenía su centro en la cuenca baja del Huang-ho, en la provincia septentrional de Honán. Esta dinastía poseía vehículos de ruedas, caballos, ganado vacuno, un sistema de escritura y un conocimiento avanzado de la metalurgia del bronce. La capital, situada cerca de Anyang, estaba cercada por un enorme muro de tierra y poseía barrios residenciales habitados por artesanos especializados. Las tumbas reales atestiguan la práctica de sacrificios humanos. A pesar del origen básicamente independiente de la civilización china, la vida durante esta antigua dinastía era sorprendentemente parecida al primer periodo dinástico de Mesopotamia y Egipto.

rácter permanente, puesto que intentaron en repetidas ocasiones imponer a sus seguidores instituciones propias del Estado. Lo que les incapacitó para dar el paso siguiente no fue la falta de información sobre Sumer o sobre cualquier Estado.

Los defensores de un origen único del Estado se enfrentan a un curioso dilema. Si era remota la probabilidad de que las jefaturas cruzaran más de una vez el umbral que los separa del Estado, también eran escasas las probabilidades de que se repitieran otros acontecimientos evolutivos como la domesticación de plantas o animales o el paso de cabecillas a grandes hombres y de estos a jefes. Llevada hasta sus últimas consecuencias, esta línea de razonamiento da lugar a la postura teórica denominada «difusionismo», que efectivamente niega que, en conjunto, las gentes piensan y se comportan de manera similar ante situaciones similares, o que la historia pueda repetirse alguna vez.

Si bien el difusionismo aporta una explicación verosímil sobre el origen cronológico de aparición de los primeros Estados e imperios, no sucede así por lo que respecta al orden evolutivo en que se basa la aparición del Estado en cada región concreta. En cada región del mundo los primeros Estados son la culminación de una secuencia arqueológica que comienza con los cazadores-recolectores locales y pasa por la domesticación de plantas y animales, un aumento de la densidad de población y del tamaño de los asentamientos y de la aparición de jefaturas belicosas acompañadas de obras públicas monumentales. Si hubiera que atribuir el nacimiento del Estado, en todas partes excepto en Sumer, a la difusión y no a los procesos evolutivos independientes, esta secuencia recurrente sería difícil de explicar, pues implicaría que sólo existió un único centro de selección cultural y que el resto del mundo estuvo poblado de hombres embotados y de ideas fijas hasta recibir el estímulo de las sucesivas olas innovadoras que irradiaban desde el Próximo Oriente. Sin embargo, cuanto mayor es la distancia que separa a los innovadores de sus imitadores, tanto menos convincente resulta la teoría de que la secuencia evolutiva inicial se conservara intacta al difundirse de una región a otra.

Puesto que en el Próximo Oriente el acontecimiento decisivo de la secuencia que condujo al Estado fue la domesticación de gramíneas, ovejas y cabras en estado salvaje, la credibilidad de los argumentos difusionistas está estrechamente vinculada a la cuestión de si el mismo complejo aparece en la base de las secuencias evolutivas de los otros centros de nacimiento del Estado. Aunque este criterio no descarta la difusión en el caso de Egipto y el valle del Indo, poco le falta para hacerlo en el caso de China.

La datación radiométrica de un yacimiento arqueológico indica que en el valle del Huang-ho (río Amarillo), situado al norte de China, el hombre vivía en aldeas y plantaba dos tipos de mijo domesticado hace 8.000 años como mínimo. Y en la China meridional el cultivo del arroz, tanto de grano largo como de grano corto, ya estaba muy extendido hace 7.000 años. Hacia el cuarto milenio a.C. cerca de Pan-P'ó, en las semi-áridas regiones montañosas que bordeaban la cuenca alta del Huang-ho, las aldeas

macenaban cierta cantidad de alimentos para sí mismos, los graneros de los redistribuidores eran los más nutridos. En tiempos de escasez la gente acudía a ellos en busca de comida y ellos, a cambio, pedían a los individuos con aptitudes especiales que fabricaran ropa, vasijas, canoas o viviendas de calidad destinadas a su uso personal. Al final el redistribuidor ya no necesitaba trabajar en los campos para alcanzar y superar el rango de gran hombre. La gestión de los excedentes de cosecha, que en parte seguía recibiendo para su consumo en festines comunales y otras empresas de la comunidad, tales como expediciones comerciales y bélicas, bastaban para legitimar su rango. De forma creciente, este rango era considerado por la gente como un cargo, un deber sagrado transmitido de una generación a otra con arreglo a normas de sucesión hereditaria. El gran hombre se había convertido en jefe, y sus dominios ya no se limitaban a una sola aldea autónoma de pequeño tamaño sino que formaban una gran comunidad política, la jefatura. Si volvemos al Pacífico Sur y a las islas Trobriand podremos hacernos una idea de cómo encajaban estos elementos de paulatina estratificación. Los pobladores de las Trobriand tenían jefes hereditarios que dominaban más de una docena de aldeas con varios miles de personas. Sólo a los jefes les estaba permitido adornarse con ciertas conchas como insignias de su rango elevado, y los comunes no podían permanecer de pie o sentados a una altura que sobrepasara la de la cabeza del jefe. Cuenta Malinowski que fue testigo de cómo la gente presente en la aldea de Bwoytalu se desplomaba como «derribada por un rayo» al oír la llamada que anunciaba la llegada de un jefe importante.

El ñame era el cultivo en que se basaba el modo de vida de los habitantes de las islas Trobriand: los jefes daban validez a su posición social mediante el almacenamiento y la redistribución de cantidades generosas de ñame que poseían gracias a las contribuciones de sus cuñados hechas con ocasión de la cosecha. Los maridos plebeyos recibían «regalos» similares, pero los jefes eran polígamos y, al poseer hasta una docena de esposas, recibían mucho más ñame que nadie. Los jefes exhibían su provisión de ñame junto a sus casas, en armazones contruidos al efecto. Las gentes de la plebe hacían lo mismo, pero las despensas de los jefes descollaban sobre todas las demás. Éstos recurrían al ñame para agasajar a sus invitados, ofrecer suntuosos banquetes y alimentar a los constructores de canoas, artesanos, magos y sirvientes de la familia. En otros tiempos, el ñame también proporcionaba la base alimenticia que permitía emprender expediciones de larga distancia para el comercio con grupos amigos o las incursiones contra los enemigos.

Esta costumbre de regalar alimentos a jefes hereditarios que los almacenan, exhiben y redistribuyen no constituía una singularidad de los mares del Sur, sino que aparece una y otra vez, con ligeras variantes, en distintos continentes. Así, por ejemplo, se han observado paralelismos sorprendentes a 20.000 kilómetros de las islas Trobriand, entre las tribus que florecieron en el sureste de los Estados Unidos. Pienso especialmente en los cherokees, los antiguos habitantes de Tennessee que describe en el siglo XVII el naturalista William Bartram.

En el centro de los principales asentamientos cherokee se erigía una gran casa circular en la que un consejo de jefes debatía los asuntos relativos a sus poblados y donde se celebraban festines redistributivos. Encabezaba el consejo de jefes un jefe supremo, figura central de la red de redistribución. Durante la cosecha se disponía en cada campo un arca que denominaban «granero del jefe», «en la que cada familia deposita cierta cantidad según sus posibilidades o inclinación, o incluso nada en absoluto si así lo desea». Los graneros de los jefes funcionaban a modo de «tesoro público... al que se podía acudir en busca de auxilio» cuando se malograba la cosecha, como reserva alimenticia «para atender a extranjeros o viajeros» y como depósito militar de alimentos «cuando emprenden expediciones hostiles». Aunque cada habitante tenía «derecho de acceso libre y público», los miembros del común debían reconocer que el almacén realmente pertenecía al jefe supremo que ostentaba el «derecho y la facultad exclusiva... para socorrer y aliviar a los necesitados».

Sustentados por prestaciones voluntarias, los jefes y sus familias podían entonces embarcarse en un tren de vida que los distanciaba cada vez más de sus seguidores. Podían construirse casas mayores y mejores, comer y vestir con mayor suntuosidad y disfrutar de los favores sexuales y del servicio personal de varias esposas. A pesar de estos presagios, la gente prestaba voluntariamente su trabajo personal para proyectos comunales, a una escala sin precedentes. Cavaban fosos y levantaban terraplenes defensivos y grandes empalizadas de troncos alrededor de sus poblados. Amontonaban cascos y tierra para formar plataformas y montículos, donde construían templos y casas espaciales para sus jefes. Trabajando en equipo y sirviéndose únicamente de palancas y rodillos, trasladaban rocas de más de cincuenta toneladas y las colocaban en líneas precisas y círculos perfectos para formar recintos sagrados, donde celebraban rituales comunales que marcaban los cambios de estación. Fueron trabajadores voluntarios quienes crearon las alineaciones megalíticas de Stonehenge y Carnac, levantaron las grandes estatuas de la isla de Pascua, dieron forma a las inmensas cabezas pétreas de los olmecas en Veracruz, sembraron Polinesia de recintos rituales sobre grandes plataformas de piedra y llenaron los valles de Ohio, Tennessee y Mississippi de cientos de túmulos, el mayor de los cuales, situado en Cahokia, cerca de St. Louis, cubría una superficie de 5,5 kilómetros cuadrados y alcanzaban una altura de más de 30 metros. Demasiado tarde se dieron cuenta estos hombres de que sus jactanciosos jefes iban a quedarse con la carne y la grasa y no dejar para sus seguidores más que huesos y tortas secas.

El poder, ¿se tomaba o se otorgaba?

El poder para dar órdenes y ser obedecido, tan ajeno a los cabecillas mehinacus o semais, se incubó, al igual que el poder de los hombres sobre las mujeres, en las guerras libradas por grandes hombres y jefes. Si no hubiera sido por la guerra, el potencial de control latente en la semilla de la redistribución nunca hubiera llegado a fructificar.

intentar exterminar a sus enemigos y a matar y comerse a sus prisioneros de guerra. Sólo los Estados poseían la capacidad de gestión y el poderío militar necesarios para arrancar trabajos forzados y recursos de los pueblos sometidos. Al integrar a las poblaciones derrotadas en la clase campesina, los Estados alimentaron una ola creciente de expansión territorial. Cuanto más populosos y productivos se hacían, tanto más aumentaba su capacidad para derrotar y explotar a otros pueblos y territorios. En varios momentos después del tercer milenio a.C. dominaba Sumer uno u otro de los reinos sumerios. Pero no tardaron en formarse otros Estados en el curso alto del Éufrates. Durante el reinado de Sargón I, en 2350 antes de Cristo, uno de estos Estados conquistó toda Mesopotamia, incluida Sumer, así como territorios que se extendían desde el Éufrates hasta el Mediterráneo. Durante los 4300 años siguientes se sucedieron los imperios: babilónico, asirio, hitita, egipcio, persa, griego, romano, árabe, otomano y británico. Nuestra especie había creado y montado una bestia salvaje que devoraba continentes. ¿Seremos alguna vez capaces de domar esta creación del hombre de la misma manera que domamos las ovejas y las cabras de la naturaleza?

¿Se repitió la historia?

Poco después de la transición de Sumer, comenzaron a aparecer Estados en otras partes del mundo (todos ellos a.C.): en el valle del Nilo hacia el 3200, en el valle del Indo y la China septentrional hacia el 2200 y en México y Perú hacia el año 300.

Supongamos que Sumer nunca llegó a formarse y que Uruk, Eridu, Ur y otros lugares no existieron jamás. ¿Habría, a pesar de ello, surgido en otros lugares del mundo el Estado y todo lo que éste representa desde el punto de vista de las relaciones humanas? Debido a que el orden de aparición efectivo de los primeros Estados parecía estar más o menos en proporción con su distancia de Próximo Oriente, las generaciones pasadas de arqueólogos e historiadores supusieron que el nacimiento del Estado se repetía simplemente porque se difundía de una región a otra. Sin duda la aparición del Estado en Sumer aceleró a su vez el proceso de formación de Estado en jefaturas vecinas, al obligarlas a desarrollar unas estructuras estatales centralizadas para sobrevivir. Sin embargo, los ejércitos sumerios nunca constituyeron una amenaza para los centros de desarrollo inicial del Estado en Egipto o en el valle del Indo, y mucho menos en China o en las Américas.

¿De qué otra manera pudo el crecimiento de estos primeros Estados estar influido por los acontecimientos de Sumer? Tal vez fueron comerciantes familiarizados con el arte de gobernar de los sumerios quienes transmitieron descripciones de Sumer salvando grandes distancias, de la misma manera que los virus pasan de una parte del mundo a otra. Pero, ¿qué utilidad podía tener tal información para un jefe supremo ansioso por conquistar una hegemonía duradera sobre sus seguidores? Los jefes hawaianos evidentemente llegaron por sí mismos a la *idea* de monarquía y de clases hereditarias de ca-

El grado de especialización observado dentro y entre los distintos asentamientos neolíticos también es indicativo de una gran actividad comercial y de otras formas de intercambio. En Beidha, Jordania, había una casa dedicada a la fabricación de cuentas, mientras que otras se concentraban a la confección de hachas de sílex y otras en el sacrificio de animales. En Çayönü se descubrió todo un grupo de talleres de fabricación de cuentas. En Umm Dabajoua, en el norte de Irak, parece que la aldea se dedicaba por entero al curtido de pieles de animales, mientras que los habitantes de Yarim Tepe y Tell-es-Sawwan se especializaron en la producción en masa de cerámica.

También se han encontrado indicios de redistribución y de distinciones de rango. Así, por ejemplo, en Bougras, Siria, la mayor casa de la aldea tiene adosada una estructura de almacenamiento, y en Tell-es-Sawwan las cámaras mortuorias difieren en tamaño y en la cuantía del ajuar funerario enterrado con los diferentes individuos.

Los primeros centros agrícolas y ganaderos dependían de las lluvias para la aportación de agua a sus cultivos. Al crecer la población comenzaron a experimentar con el regadío, con el fin de ganar y colonizar tierras más secas. Sumer, situada en el delta, falto de lluvias pero pantanoso y propenso a inundaciones frecuentes de los ríos Tigris y Éufrates, se fundó de esta manera. Limitados en un principio a permanecer en las márgenes de una corriente de agua natural, los sumerios pronto llegaron a depender totalmente del regadío para abastecer de agua sus campos de trigo y cebada, quedando así inadvertidamente atrapados en la condición final para la transición hacia el Estado. Cuando los aspirantes a reyes empezaron a ejercer presiones para exigirles más impuestos y mano de obra para la realización de obras públicas, los plebeyos de Sumer vieron que habían perdido la opción de marcharse a otro lugar. ¿Cómo iban a llevarse consigo sus acequias, sus campos irrigados, jardines y huertas, en las que habían invertido el trabajo de generaciones? Para vivir alejados de los ríos hubieran tenido que adoptar modos de vida pastorales y nómadas en los que carecían de la experiencia y la tecnología necesarias.

Los arqueólogos no han podido determinar con exactitud dónde y cuándo tuvo lugar la transición sumeria, pero en 4350 a.C. empezaron a erigirse en los asentamientos de mayor tamaño unas estructuras de adobe con rampas y terrazas, llamadas *zigurat*, que reunían las funciones de fortaleza y templo. Al igual que los túmulos, las tumbas, los megalitos y las pirámides repartidas por todo el mundo, los zigurat atestiguan la presencia de jefaturas avanzadas capaces de organizar prestaciones laborales a gran escala, y fueron precursores de la gran torre de Babilonia, de más de 90 metros de altura, y de la torre de Babel bíblica. Hacia 3500 a.C. las calles, casas, templos, palacios y fortificaciones ocupaban varias decenas de kilómetros cuadrados en Uruk, Irak. Acaso fue allí donde se produjo la transición; y si no, fue en Lagash, Eridu, Ur o Nippur, que en el año 3200 a.C. florecían como reinos independientes.

Impulsado por las mismas presiones internas que enviaron a la guerra a las jefaturas, el reino sumerio tenía a su favor una ventaja importante. Las jefaturas eran propensas a

Los grandes hombres eran hombres violentos, y los jefes lo eran todavía más. Los mumis eran tan conocidos por su capacidad para incitar a los hombres a la lucha como para incitarlos al trabajo. Aunque las guerras habían sido suprimidas por las autoridades coloniales mucho antes de que Douglas Oliver realizara su estudio, aún seguía viva la memoria de los mumis como caudillos guerreros. «En otros tiempos -decía un anciano- había mumis más grandes que los de hoy. Entonces había caudillos feroces e implacables. Asolaban los campos, y las paredes de sus casas comunales estaban recubiertas de las calaveras de los hombres que habían matado.» Al cantar las alabanzas de sus mumis la generación sinai pacificada los llamaba «guerreros» y «matadores de hombres y cerdos». Los informantes de Oliver le contaron que los mumis tenían mayor autoridad en los tiempos en que aún se practicaba la guerra. Los caudillos mumis incluso mantenían uno o dos prisioneros, a quienes obligaban a trabajar en sus huertos. Y la gente no podía hablar «en voz alta ni calumniosa de sus mumis sin exponerse a ser castigados».

Sin embargo, el poder de los mumis siguió siendo rudimentario, como demuestra el hecho de que estaban obligados a prodigar regalos suntuosos a sus seguidores, incluso carne y mujeres, para conservar su lealtad. «Cuando los mumis no nos daban mujeres, estábamos enojados [...]. Copulábamos toda la noche y aún seguíamos queriendo más. Lo mismo ocurría con la comida. En la casa comunal solía haber grandes provisiones de comida, y comíamos sin parar y nunca teníamos bastante. Eran tiempos maravillosos.»

Además, los mumis deseosos de dirigir una escaramuza tenían que estar dispuestos a pagar, a expensas propias, una indemnización por cada uno de sus hombres caídos en acción de guerra y a donar un cerdo para su banquete fúnebre.

Los jefes kwakiutl también eran caudillos guerreros y sus alardes y sus potlaches servían para reclutar hombres de las aldeas vecinas que lucharan a su lado en expediciones comerciales y hostiles. Los jefes trobriandeses sentían el mismo ardor bélico. Malinowski cuenta que guerreaban de manera sistemática e implacable, aventurándose a cruzar el mar abierto en sus canoas para comerciar o, en caso necesario, librar combates en islas situadas a más de cien kilómetros de distancia. También los cherokees emprendían expediciones bélicas y comerciales de larga distancia organizadas bajo los auspicios del consejo de jefes. Según indicaba la cita de Bartram, los jefes cherokees echaban mano de las reservas de sus graneros para alimentar a los miembros de estas expediciones.

No afirmo que la guerra fuera la causa directa de la forma cualitativamente nueva de la jerarquía materializada en el Estado. En un principio, cuando sus dominios eran pequeños, los jefes no podían recurrir a la fuerza de las armas para obligar a la gente a cumplir sus órdenes. Como en las sociedades del nivel de las bandas y aldeas, prácticamente todos los hombres estaban familiarizados con las artes de la guerra y poseían las armas y la destreza necesarias en medida más o menos igual. Además, las luchas intestinas podían exponer a una jefatura a la derrota a manos de sus enemigos extranjeros.

No obstante, la oportunidad de apartarse de las restricciones tradicionales al poder aumentaba a medida que las jefaturas expandían sus territorios y se hacían más populosas, y crecían en igual proporción las reservas de comestibles y otros objetos de valor disponibles para la redistribución. Al asignar participaciones diferentes a los hombres más cooperativos, leales y eficaces en el campo de batalla, los jefes podían empezar a construir el núcleo de una clase noble, respaldados por una fuerza de policía y un ejército permanente. Los hombres del común que se zafaban de su obligación de hacer donaciones a sus jefes, que no alcanzaban las cuotas de producción o se negaban a prestar su trabajo personal para la construcción de monumentos y otras obras públicas eran amenazados con daños físicos.

Una de las escuelas de pensamiento que estudian el origen del Estado rechaza la idea de que las clases dominantes ganaran control sobre el común como consecuencia de una conspiración violenta de los jefes y su milicia. Para ella, por el contrario, las gentes del común se sometieron pacíficamente, en agradecimiento por los servicios que les prestaba la clase gobernante. Entre estos servicios figuraba la distribución de las reservas de víveres en tiempos de escasez, la protección contra ataques enemigos, así como la construcción y gestión de infraestructuras agrícolas como embalses y canales de riego y avenamiento. La gente también creía que los rituales ejecutados por los jefes y sacerdotes eran fundamentales para la supervivencia de todos. Además, no hacía falta instaurar un régimen de terror para obligar a la gente a obedecer las órdenes procedentes de arriba porque los sacerdotes reconocían a sus gobernantes como dioses en la Tierra.

Mi postura en esta cuestión es que había tanto sumisión voluntaria como opresión violenta. Las jefaturas avanzadas y los Estados incipientes documentados por la etnografía y la arqueología deben contarse entre las sociedades más violentas que jamás hayan existido. Las incesantes hostilidades, a menudo asociadas a la aniquilación de aldeas rebeldes y a la tortura y el sacrificio de prisioneros de guerra, acompañaron la aparición de jefaturas avanzadas en la Europa céltica y prerromana, la Grecia homérica, la India védica, la China shang y la Polinesia anterior al contacto con el mundo occidental. Las murallas de Jericó dan testimonio de prácticas bélicas en el Próximo Oriente que ya datan de 6.000 años antes de nuestra era. En Egipto aparecen ya ciudades fortificadas durante los períodos pre y postdinásticos, y los monumentos egipcios más antiguos de finales del geoceno y la primera dinastía (3330 a 2900 a.C.) ensalzan las proezas militares de «unificadores», que respondían a nombres tan belicosos como «Escorpión», «Cobra», «Lancero» y «Luchador». En las excavaciones predinásticas de Hierakónpolis se han hallado numerosos barros y un cuchillo con representaciones de escenas de batalla donde aparecen hombres blandiendo puñales, mazos y garrotes, así como barcos cargados de hombres en trance de armas y gente combatiendo en el agua.

encerrar a estos animales en rediles, alimentarlos y criar aquellos que reunieran las características más deseables, que limitarse a cazarlos hasta que no quedara ninguno. Y así comenzó lo que los arqueólogos denominan el Neolítico.

Los primeros asentamientos rebasaron con gran rapidez el nivel de las aldeas de los cabecillas o grandes hombres para convertirse en jefaturas sencillas. Jericó, situada en un oasis de la Jordania actual, por ejemplo, 8.000 años antes de nuestra era ya ocupaba una superficie de 40 kilómetros cuadrados y contaba con 2.000 habitantes; 2.000 años más tarde Çatal Hüyük, situada al sur de Turquía, tenía una superficie de 128 kilómetros cuadrados y una población de 6.000 habitantes. Sus ruinas albergan una imponente colección de objetos de arte, tejidos, pinturas y relieves murales. Las pinturas murales (las más antiguas que se conocen en el interior de edificios) representan un enorme toro, escenas de caza, hombres danzando y aves de rapiña atacando cuerpos humanos de color rojo, rosado, malva, negro y amarillo. Los hombres de Çatal Hüyük cultivaban cebada y tres variedades de trigo. Criaban ovejas, vacas, cabras y perros, y vivían en casas adosadas con patio. No había puertas, sólo se podía entrar en las casas a través de aberturas practicadas en los techos planos.

Al igual que todas las jefaturas, los primeros pueblos neolíticos parecían preocupados por la amenaza de ataques de merodeadores venidos de lejos. Jericó estaba rodeada de fosos y murallas (muy anteriores a las bíblicas) y contaba con una torre de vigilancia en lo alto de una de sus murallas. Otros asentamientos neolíticos antiguos como Tell-es-Sawwan y Maghzaliyah en Irak, también estaban rodeados de murallas. Hay que señalar que al menos un arqueólogo sostiene que las primeras murallas construidas en Jericó estaban destinadas ante todo a la protección contra corrimientos de tierra más que contra ataques armados. No obstante, la torre con sus estrechas rendijas de vigilancia servía para funciones claramente defensivas. Tampoco cabe la menor duda de que las murallas que guardaban Tell-es-Sawwan y Maghzaliyah eran el equivalente de las empalizadas de madera características de las jefaturas situadas en tierras de bosques abundantes. No se trataba de agricultores pacíficos, armoniosos e inofensivos preocupados tan sólo por el cultivo de sus tierras y el cuidado de su ganado. En Çayönü, en la Turquía meridional, no lejos de Çatal Hüyük, James Mellaart excavó una gran losa de piedra con restos de sangre humana. Cerca de allí encontró varios centenares de calaveras humanas, sin el resto de sus esqueletos. ¿Para qué habían de construir los hombres de Çatal Hüyük casas sin aberturas al nivel del suelo, sino para protegerse contra merodeadores forasteros?

Al igual que todas las jefaturas, las sociedades neolíticas entablaron comercio de larga distancia. Sus objetos de intercambio favoritos eran la obsidiana, una especie de vidrio volcánico que servía para fabricar cuchillos y otras herramientas de corte, y la cerámica. Çatal Hüyük parece haber sido un centro de domesticación, cría y exportación de ganado vacuno, que importaba a cambio gran variedad de artefactos y materias primas (entre éstas, cincuenta y cinco minerales diferentes).

mentar a gran número de seguidores en tiempos de escasez como consecuencia de sequías o por los estragos causados por las guerras ininterrumpidas. En términos de David Malo, la despensa estaba vacía con demasiada frecuencia como para que los jefes pudieran convertirse en reyes.

Y ahora ha llegado el momento de contar qué pasaba en otros sitios cuando la despensa estaba vacía.

Los primeros Estados

Fue en el Próximo Oriente donde por primera vez una jefatura se convirtió en Estado. Ocurrió en Sumer, en el sur de Irán e Irak, entre los años 3.500 y 3.200 a.C. ¿Por qué en el Próximo Oriente? Probablemente porque esta región estaba mejor dotada de gramíneas silvestres y especies salvajes de animales aptas para la domesticación que otros antiguos centros de formación del Estado. Los antecesores del trigo, la cebada, el ganado ovino, caprino, vacuno y porcino crecían en las tierras altas de Levante y las estribaciones de la cordillera del Zagros, lo que facilitó el abandono temprano de los modos de subsistencia de caza y recolección en favor de la vida sedentaria en aldeas.

La razón que impulsó al hombre de finales del período glaciario a abandonar su existencia de cazador-recolector sigue siendo objeto de debate entre los arqueólogos. Sin embargo, parece probable que el calentamiento de la Tierra después del 12.000 a.C., la combinación de cambios medioambientales y el exceso de caza provocaron la extinción de numerosas especies de caza mayor y redujeron el atractivo de los medios de subsistencia tradicionales. En varias regiones del Viejo y Nuevo Mundo, los hombres compensaron la pérdida de especies de caza mayor yendo en busca de una mayor variedad de plantas y animales, entre los que figuraban los antepasados silvestres de nuestros cereales y animales de corral actuales.

En el Próximo Oriente, donde nunca abundó la caza mayor como en otras regiones durante el período glaciario, los cazadores-recolectores comenzaron hace más de trece milenios a explotar las variedades silvestres de trigo y cebada que allí crecían. A medida que aumentaba su dependencia de estas plantas, se vieron obligados a disminuir su nomadismo porque todas las semillas maduraban a un tiempo y había que almacenarlas para el resto del año. Puesto que la cosecha de semillas silvestres no se podía transportar de campamento en campamento algunos pueblos como los natufienses, que tuvieron su apogeo en el Levante hacia el décimo milenio a.C., se establecieron, construyeron almacenes y fundaron aldeas de carácter permanente. Entre el asentamiento junto a matas prácticamente silvestres de trigo y cebada y la propagación de las semillas de mayor tamaño y que no se desprendían al menor roce, sólo medió un paso relativamente corto. Y a medida que las variedades silvestres cedían terreno a campos cultivados, atraían a animales como ovejas y cabras hacia una asociación cada vez más estrecha con los seres humanos, quienes pronto reconocieron que resultaba más práctico

Sólo hay un caso importante de transición desde jefatura avanzada a Estado en que carecemos de pruebas documentales sobre prácticas bélicas: el de la llanura de Susiana, en el suroeste de Irán. Pero esta conjetura se basa en la ausencia de fortificaciones, artefactos y elementos pictóricos. Durante mucho tiempo se han alegado pruebas negativas similares para negar la incidencia del factor bélico en la evolución de los Estados mayas, posición que, después de los últimos descubrimientos y la interpretación de los glifos, se ha revelado de todo punto insostenible. Dado el papel fundamental que la guerra ha desempeñado en la formación de las jefaturas avanzadas y los Estados primgenios, parece altamente improbable que no se recurriera al ejercicio de la violencia o a la amenaza de violencia contra la gente del común con el fin de instituir y consolidar la hegemonía de las primeras clases dirigentes. Esto no quiere decir que las sociedades estratificadas sean el resultado exclusivo de la fuerza.

El arqueólogo Antonio Gillman sostiene que en la Europa de la Edad del Bronce «el surgimiento de una élite no tiene nada que ver con el “bien común”» y que «las ventajas que para el común se derivan de las actividades de gestión y redistribución llevadas a cabo por sus dirigentes podrían haberse conseguido a un coste menor». Estas observaciones llevaron a un comentarista a proponer lo que se podría dar en llamar la teoría de la formación mafiosa del Estado, que implica «[...] un campesinado industrial pero oprimido, incapaz de negarse a pagar el tributo exigido por una banda de chantajistas de vestimenta ostentosa, por temor a la mutilación de sus bueyes de tiro, el asalto de sus piraguas y la destrucción de sus olivos». No veo ninguna razón por la cual no pudieran haberse beneficiado de las actividades de gestión y redistribución del Estado tanto el común como la clase privilegiada, aunque estoy seguro de que esta última se llevaría la parte del león.

Ya sea por la espada, la recompensa o la religión, muchas fueron las jefaturas que sintieron la llamada, pero pocas las que lograron la transición hacia el Estado. Antes que obedecer las órdenes de trabajar y pagar tributos, las gentes del común intentaban huir a tierras de nadie o territorios sin explorar. Otros se resistían e intentaban luchar contra la milicia, ocasión que otros jefes aprovechaban para invadirlos y hacerse con el poder. Independientemente del curso concreto que tomara la rebelión, la gran mayoría de las jefaturas que intentaron imponer sobre una clase plebeya cuotas agrarias, impuestos, prestaciones de trabajo personal y otras formas de redistribución coercitiva y asimétrica, volvieron a formas de redistribución más igualitarias o fueron totalmente destruidas. ¿Por qué unas triunfaron mientras otras fracasaron?

El umbral del Estado

Los primeros Estados evolucionaron a partir de jefaturas, pero no todas las jefaturas pudieron evolucionar hasta convertirse en Estados. Para que tuviera lugar la transición tenían que cumplirse dos condiciones. La población no sólo tenía que ser numerosa (de unos 10.000 a 30.000 personas), sino que también tenía que estar «circunscrita», esto

es, estar confrontada a una falta de tierras no utilizadas a las que pudiera huir la gente que no estaba dispuesta a soportar impuestos, reclutamientos y órdenes. La circunscripción no estaba sólo en función de la cantidad de territorio disponible, sino que también dependía de la calidad de los suelos y de los recursos naturales y de si los grupos de refugiados podían mantenerse con un nivel de vida no inferior; básicamente, del que cupiera esperar bajo sus jefes opresores. Si las únicas salidas para una facción disidente eran altas montañas, desiertos, selvas tropicales u otros hábitats indeseables, ésta tendría pocos incentivos para emigrar.

La segunda condición estaba relacionada con la naturaleza de los alimentos con los que había de contribuir al almacén central de redistribución. Cuando el depósito del jefe estaba lleno de tubérculos perecederos como ñames y batatas, su potencial coercitivo era mucho menor que si lo estaba de arroz, trigo, maíz u otros cereales domésticos que se podían conservar sin problemas de una cosecha a otra. Las jefaturas no circunscritas o que carecían de reservas alimenticias almacenables a menudo estuvieron a punto de convertirse en reinos, para luego desintegrarse como consecuencia de éxodos masivos o sublevaciones de plebeyos desafectos.

Las Hawai de los tiempos que precedieron la llegada de los europeos nos proporcionan el ejemplo de una sociedad que se desarrolló hasta alcanzar el umbral del reino, aunque sin llegar nunca a franquearlo realmente. Todas las islas del archipiélago hawaiano estuvieron deshabitadas hasta que los navegantes polinesios arribaron a ellas cruzando los mares en canoas durante el primer milenio de nuestra era. Estos primeros pobladores probablemente procedían de las islas Marquesas, situadas a unos 3.200 kilómetros al sureste. De ser así, es muy posible que estuvieran familiarizados con el sistema de organización social del gran hombre o la jefatura igualitaria. Mil años más tarde, cuando los observaron los primeros europeos que entraron en contacto con ellos, los hawaianos vivían en sociedades sumamente estratificadas que presentaban todas las características del Estado, salvo que la rebelión y la usurpación estaban tan a la orden del día como la guerra contra el enemigo del exterior. La población de estos Estados o protoestados variaba entre 10.000 y 100.000 habitantes. Cada uno de ellos estaba dividido en varios distritos y cada distrito se componía, a su vez, de varias comunidades de aldeas. En la cumbre de la jerarquía política había un rey o aspirante al trono llamado *ali'i nui*. Los jefes supremos, llamados *ali'i*, gobernaban distritos y sus agentes, jefes menores llamados *konoiki*, estaban a cargo de las comunidades locales. La mayor parte de la población, es decir, las gentes dedicadas a la pesca, agricultura y artesanía, pertenecía al común.

Algo antes de que llegaran los primeros europeos, el sistema redistributivo hawaiano pasó el rubicón que separa la donación desigual de regalos de la pura y simple tributación. El común se veía despojado de alimentos y productos artesanos, que pasaban a manos de los jefes de distrito y los *ali'i nui*. Los *konoiki* estaban encargados de velar por que cada aldea produjera lo suficiente para satisfacer al jefe de distrito, que, a su

vez, tenía que satisfacer al *ali'i nui*. Los *ali'i nui* y los jefes de distrito usaban los alimentos y productos artesanales que circulaban por su red de redistribución para alimentar y mantener séquitos de sacerdotes y guerreros. Estos productos llegaban al común en cantidades escasísimas, salvo en tiempo de sequía y hambruna en que las aldeas más industriosas y leales podían esperar verse favorecidas con los víveres de reserva que distribuían los *ali'i nui* y los jefes de distrito. Como dijo David Malo, un jefe hawaiano que vivió en el siglo pasado, los almacenes de los *ali'i nui* estaban pensados para tener contenta a la gente y asegurar su lealtad: «Así como la rata no abandonará la despensa, la gente no abandonará al rey mientras crea en la existencia de la comida en su almacén.»

¿Cómo llegó a formarse este sistema? Las pruebas arqueológicas muestran que, a medida que crecía la población, los asentamientos se fueron extendiendo de una isla a otra. Durante casi un milenio las principales zonas pobladas se hallaban cerca del litoral, cuyos recursos marinos podían aportar un suplemento al ñame, la batata y el taro plantados en los terrenos más fértiles. Por último, en el siglo XV, los asentamientos empezaron a extenderse tierra adentro, hacia ecozonas más elevadas, donde predominaban los terrenos pobres y escaseaban las lluvias. A medida que seguía aumentando la población se talaron o quemaron los bosques del interior y extensas zonas se perdieron por la erosión o se convirtieron en pastos. Atrapados entre el mar, por un lado, y las laderas peladas, por otro, la población ya no tenía escapatoria de los jefes que querían ser reyes. Había llegado la circunscripción. La tradición oral y las leyendas cuentan el resto de la historia. A partir del año 1600 varios distritos sostuvieron entre sí incesantes guerras como consecuencia de las cuales determinados jefes llegaron a controlar todas las islas durante un cierto tiempo. Si bien estos *ali'i nui* tenían un gran poder sobre el común, su relación con los jefes supremos, sacerdotes y guerreros era muy inestable, como ya se ha dicho con anterioridad. Las facciones disidentes fomentaban rebeliones o trababan guerras, destruyendo la frágil unidad política hasta que una nueva coalición de aspirantes a reyes instauraban una nueva configuración de alianzas igual de inestables. Ésta era más o menos la situación cuando el capitán James Cook entró en el puerto de Waimea en 1778 e inició la venta de armas de fuego a los jefes hawaianos. El *ali'inui* Kamehameha I obtuvo el monopolio de la compra de estas nuevas armas y las utilizó de inmediato contra sus rivales, que blandían lanzas. Tras derrotarlos de una vez por todas, en 1810 se erigió en el primer rey de todo el archipiélago hawaiano.

Cabe preguntarse si los hawaianos hubieran llegado a crear una sociedad de nivel estatal si hubieran permanecido aislados. Yo lo dudo. Tenían agricultura, grandes excedentes agrícolas, redes distributivas complejas y muy jerarquizadas, tributación, cuotas de trabajo, densas poblaciones circunscritas y guerras externas. Pero les faltaba algo: un cultivo cuyo fruto pudiera almacenarse de un año a otro. El ñame, la batata y el taro son alimentos ricos en calorías pero perecederos. Sólo se podían almacenar durante unos meses, de manera que no se podía contar con los almacenes de los jefes para ali-